



Pensamiento Pedagógico

de Marie Poussepin

Doctora Hermana María Aracely Gutiérrez Escobar



Universidad
Católica
de Manizales

Facultad de Educación



**Universidad
Católica
de Manizales**

Pensamiento Pedagógico

de Marie Poussepin

Doctora Hermana María Aracely Gutiérrez Escobar

© Copyright
UNIVERSIDAD CATÓLICA DE MANIZALES
Centro Editorial UCM

Pensamiento Pedagógico de Marie Poussepin

Segunda edición: 2012

Todos los derechos reservados por la Universidad Católica de Manizales. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de reproducción de la información ni transmitir parcial o totalmente esta producción, incluido el diseño, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin permiso del titular de los derechos de propiedad intelectual.

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE MANIZALES
Carrera 23 No. 60 - 63
PBX: 8782900 - FAX: 8782901
www.ucm.edu.co

Editor
Jorge Alberto Forero Santos - Publicaciones Científicas UCM
Corrector de Estilo
Cárol Castaño Trujillo - Publicaciones Científicas UCM
Diseño
Juan Andrés Mejía Londoño - Publicaciones Científicas UCM
Impresión
Espacio Gráfico Comunicaciones S.A.

CATALOGACIÓN EN LA FUENTE

Gutiérrez Escobar, Hermana María Aracely
Pensamiento Pedagógico de Marie Poussepin
Manizales : Centro de Publicaciones - Universidad Católica de Manizales, 2012.
108 p. ; 17 x 24 cm.

Incluye bibliografía
ISBN

1.

CDD

Biblioteca UCM

A Marie Poussepin fundadora de la comunidad,
por habernos legado su carisma educativo
para todos los tiempos.

A mi congregación que me dió la oportunidad
de profundizar en el pensamiento pedagógico
de una de las grandes educadoras del siglo XVIII:

Marie Poussepin



CONTENIDO

	Pág.
Presentación	09
Introducción	14
Capítulo I Fundamentación de la educación desde el pensamiento de la Iglesia Católica	24
Capítulo II Intuición fundamental: carisma de Marie Poussepin	32
Capítulo III Sus escritos: una herencia carismática	42
Capítulo IV Hacia un nuevo encuentro con la fundadora: su pensamiento pedagógico	50
4.1 En el hecho educativo no existen prácticas o técnicas neutras.	51
4.2 La educación debe tender a formar al hombre en los valores éticos, personales y sociales que “otorgan” sentido a la vida. Para Marie Poussepin educar es cultivar valores que se traducen necesariamente en conductas.	54
4.3 Toda educación, para que sea efectiva, debe realizarse desde el amor.	58
4.4 El hombre no nace hecho, se va haciendo persona, se va personalizando.	58
4.5 Toda educación lleva implícita en sí misma unos contenidos, unos saberes disciplinares que responden a su finalidad.	59
4.6 Adaptar medios y métodos en orden a lograr las finalidades con mayor eficacia, es tarea de la educación.	59
4.7 La educación prepara a estudiantes y maestros para una participación activa en el proceso de formación personal y lo capacita para la toma de decisiones.	61
4.8 Una formación integral debe conducir a alcanzar una realización per- sonal.	62
	63

4.9 En educación, el maestro se constituye mediador en el proceso de personalización de los estudiantes.	63
Capítulo V El pensamiento de Marie Poussepin en la misión educativa de las Hermanas de la Caridad Dominicanas de la Presentación de la Santísima Virgen	70
Capítulo VI Un carisma que trasciende tiempo y espacio	86
Capítulo VII El Maestro sembrador del carisma	92
Colofón	100
Anexo	101
Bibliografía	104

PRESENTACIÓN

Quiero emplear el término “Obra” para significar alta dosis de creación humana e inteligente, expresión del compromiso cristiano y ético ineludible de la autora, Doctora Hermana María Aracely Gutiérrez Escobar, muy apreciada religiosa de la Comunidad de Hermanas Dominicas de la Presentación de la Santísima Virgen.

En su obra, la autora dispone y lanza la mirada a las pinturas esculpidas por Julia Teresa Tafur Herrán, y la estética de su Obra, por la cual apostó para comprender-se, explicar / interpretar en trayectos de historia / historialidad, explorando las páginas, los textos, las líneas, los contenidos, las formas y el método de la Sierva de Dios; eslabones que se conjuntan para construir la península que, en términos de Morin, es apostarle a unir los continentes para resignificar la práctica pedagógica presentina, en el marco del Proyecto Educativo Congregacional.

La voluntad para tratar el saber, el conocimiento, su experticia, ante todo, su humana condición / vocación, que es su vida misma, como expresión ineludible del espíritu, legado de Marie Poussepin, la grande educadora del siglo XVII, que bebió de la Didáctica Magna de Comenio, El Emilio de Juan Jacobo Rousseau y de la Pedagogía General de Herbart y otros, pero, especialmente, que imprimió su propio sello como significado de su proyecto de vida, un proyecto educativo como ideal de humanidad, siempre vigente.

Con razón, la autora decidió que, en la pasta de su obra, la efigie de Marie Poussepin estuviera presente, en horizonte planetario, visibilizando un “proyecto educativo nacido en Francia que fue capaz de traspasar las fronteras europeas y constituirse en respuesta siempre nueva a las necesidades educativas del mundo actual”. Así, la autora auscultó en su andadura los imaginarios radicales y colectivos de los estudiantes de los grados diez y once de los colegios de la Presentación (Aguacatal, Bucaramanga, Cartagena Luna Park) sobre el conocimiento de Marie Poussepin.

Temas desarrollados a manera de movimientos / movilidades y red de conversación viva con los autores convocados, desde sus obras y el trabajo juicioso en archivos, tales como el Archivo General de la Congregación, que reposa en Roma en la Residencia Generalicia, el Archivo de la Casa Madre, en Tours (Francia) y Archivos de las Provincias, entre otros, en diálogo epistémico con los Documentos de la Iglesia Católica.

En el Capítulo I, como eslabones de fe, convicción y compromiso cristiano, se resignifica la educación desde el pensamiento de la Iglesia Católica y, para ello, se abordan con estilo y gran solvencia académica algunos documentos que, desde

una hermética profunda, explicitan el Mensaje del Evangelio, rasgo fundante e iluminador del pensamiento y la acción de la Iglesia Católica en la educación, la docencia y los valores emergentes de la cultura.

El capítulo II se torna sugestivo / radical / interesante, por el abordaje de textos para elaborar conceptos y colocar miradas profundas, en sensibilidad humana, alrededor de una “intuición fundamental: Carisma de Marie Poussepin”.

En el capítulo III, la Doctora Hermana María Aracely se adentra de manera soberana en algunos de los escritos de Marie Poussepin, bebe del pasado para encontrar la propia fidelidad, intitulado, también, de manera sencilla, con sentidos y significados el legado de la “Fundadora” como una “Herencia Carismática”. En este capítulo cobran fuerza algunos interrogantes que se hace la autora: ¿cómo no han de ser vigentes los principios, los valores y los enunciados generales del proyecto educativo de Marie Poussepin?, ¿por qué las políticas educativas de los países toman como referentes teleológicos dichos principios, valores y enunciados generales para fundar y fundamentar las reformas educativas del mundo, en los tiempos presentes?, ¿acaso el acompañamiento de niñas y jóvenes sedientos de afecto, como consecuencia de la profunda soledad reinante en el mundo, está aún vigente?, ¿acaso la educación en valores, la educación “en” y “para” la participación y la educación para la realización personal, como enunciados generales en el proyecto de Marie Poussepin, iluminan los proyectos curriculares transversales de los sistemas educativos en los países?, ¿acaso los valores de tolerancia, justicia, igualdad, respeto, prudencia y testimonio, explicitados en Los Reglamentos de Sainville y en Las Reglas Generales de la Comunidad, son los valores que se mantienen vigentes para construir sociedades de convivencia y tolerancia, en las que se pueda vivir juntos? Éstas y más preguntas que ameritan un ejercicio juicioso, como estadio ético del trabajo de los investigadores, los hermeneutas y los estudiosos, son un potencial de inteligencia y humanidad que deben fundar / fundamentar la acción educadora.

Los capítulos V y VI son llamados al pensamiento de Marie Poussepin en la misión educadora de las Hermanas, un reconocimiento a un carisma que trasciende el tiempo y el espacio.

Y, a manera de colofón de su Obra, la autora invita / convoca desde textos de la Sagrada Escritura a pensar-nos en cuanto “sembradores que salimos a sembrar... y, así, sembrando, siempre sembrando..., tendremos que seguir sus huellas, por eso exclamamos como el poeta: “Adelante sembrador, que tu oficio es sembrar, es el oficio mejor, cuando sabes preparar las semillas con amor”.

Los anexos en su Obra dejan de ser “instrumentos de investigación”, para convertirse en fuentes vivas que engalanan los pensamientos, los conocimientos y las sensibilidades

humanas, porque son sentidos y significados, expresión de 320 jóvenes de cuatro colegios de Colombia, a las cuales se les aplicó la encuesta sobre el conocimiento de Marie Poussepin.

En síntesis, es una obra, un entramado, como lo he denominado a través de la lectura de estas líneas, la que he anunciado, que quisiera seguir profundizando, porque se hace explícito y en momentos ocultos, el hilado, el tejido alrededor del problema crucial que convoca, por eso insisto que es un entramado que, a manera de la abeja laboriosa al estilo de un(a) educador(a) siempre vigente, hace de los procesos de formación, vínculos, uniones e interconexiones de humanidad, relaciones pedagógicas vitales, significando que la Grande Educadora del siglo XVII no dejó teorías, ni mucho menos modelos pedagógicos: entregó su legado, su ideal de humanidad, como el espíritu que hoy se mantiene vigente. Por tratarse de la escritura de su Obra en su II Versión, en el marco de la tesis doctoral en Educación – Universidad de Salamanca – España, se destaca el rigor científico de los planos fundantes y creadores, portadores de un proyecto que los educadores cristianos debemos tener como referente en la práctica docente, social y comunitaria.

Doctor Silvio Cardona González
Director de Posgrados
Universidad Católica de Manizales



INTRODUCCIÓN

Expresa Rodolfo Llinás que

[...] el proceso de enseñanza no es una mera transmisión de actos, objetivos o destrezas prácticas, sino que se acompaña de un ideal de vida y de un proyecto de sociedad, para lo cual, como señaló Mahatma Gandhi: uno tiene que ser el cambio que quiere ver el mundo (Llinás, 2005: 81).

Este presupuesto válido para comprender el proyecto de vida de una mujer que, habiendo echado raíces en el Siglo XVII, hoy no ha perdido su fuerza y su vitalidad, un proyecto educativo nacido en Francia que fue capaz de traspasar las fronteras europeas y constituirse en respuesta siempre nueva a las necesidades educativas del mundo actual. Un proyecto

enmarcado en una tradición católica, en una iglesia a la cual, a pesar de todos los errores que hubiera podido cometer, no puede negársele su aporte a la educación de todos los pueblos occidentales.

Es un hecho que la recuperación de la tradición clásica apuntó primordialmente a alcanzar la virtud, y el resultado final fue una síntesis de la cultura clásica y cristiana aceptando, implícitamente, que el más alto desempeño de la educación era alcanzar el modo cristiano de vida, aspecto que fue trabajado por Marie Poussepin dentro de su propuesta educativa.

El desarrollo de cada época trae consigo relaciones entre los múltiples factores que facilitan su progreso. Relaciones entre el arte y la cultura, entre el conocimiento científico y la tecnología, entre lo educativo y lo pedagógico. En este sentido, los hechos relacionados con la educación durante los siglos XVII y XVIII inciden en el desarrollo del proyecto de Marie

Poussepin, a quien esta historia no le es indiferente.

El siglo XVII, un siglo de transición entre el Humanismo y la Reforma, encontró en la educación la función social idónea para generalizar los nuevos saberes y, en la pedagogía, su específico método. Fue este siglo porque, según sus pensadores, se había encontrado la clave para abandonar el obscurantismo de épocas anteriores, así, en lo político, se caracterizó por el “absolutismo” y, en lo cultural, se le reconoce como el “Siglo de las Luces”.

En el contexto específico de la educación, los hechos que enmarcan este siglo son los siguientes: la acentuación del aspecto religioso tanto en el caso de la Reforma Protestante, como de la Contrarreforma Católica, la intensificación de la intervención del Estado en la educación de los países protestantes, con una legislación escolar más amplia y comprensiva,

la introducción paulatina de las nuevas ideas filosóficas, tanto de la corriente empirista con Bacon y Locke, como de la corriente idealista con Descartes y Leibniz, y así mismo, la repercusión de las nuevas ideas científicas que habían comenzado a desarrollarse en el siglo anterior con Kepler y Galileo. Finalmente, y como consecuencia de estos movimientos

filosóficos y científicos, el nacimiento de la nueva didáctica, dentro de la pedagogía con Ratke y su método de los Diez Principios, y con Comenio, autor de la Didáctica Magna.

Hombres como Juan Jacobo Rousseau con El Emilio, Heinrich Pestalozzi con Cómo Gertrudis enseña a sus hijos, Herbart con La Pedagogía General, Froebel con La Educación del Hombre, establecen las bases de la pedagogía y contribuyen en grandes cambios en la educación. Es interesante recordar que la educación pública en Francia comienza en el siglo XVIII, hasta entonces, la educación había estado en manos de las Congregaciones Religiosas.

Los siglos XVII y XVIII dieron las pautas para la formación de los actuales Estados; se propició en ellos el afianzamiento de nacionalidades, etnias y culturas. Colegios, escuelas y universidades marcaron enormes progresos. Sin embargo, las monarquías y el feudalismo, las guerras causantes de epidemias, de enfermedad y de hambre, particularmente en Francia, hicieron de estos dos siglos una época con grandes carencias y con serios obstáculos, en cuanto a la supervivencia de los seres humanos.

En el campo religioso, estos signos se caracterizan por una marcada influencia del cristianismo y, especialmente, del catolicismo en la vida de las naciones. Guerras y enfrentamientos de tipo religioso se presentan durante este tiempo en Francia, Alemania, Suiza e Inglaterra. A pesar de estos sucesos, el siglo XVII se conoce también como el gran “Siglo de las almas”,

por su alta espiritualidad. Personajes de la talla del cardenal de Berulle, llamado por Bossuet: “Maestro de Santos”, San Vicente de Paúl, el padre de los pobres, San Grignón de Montfort, abanderado de la devoción mariana, Francisco de Sales, Juan Eudes, Juan Jacobo Olier, entre otros.

Es, además, un siglo femenino, no solo de mujeres de la corte y de letras, sino de mujeres caritativas y piadosas que se dedicaron a la educación de los niños y jóvenes, especialmente, de los pobres. El nacimiento de comunidades religiosas tuvo una enorme repercusión sobre

todo en el campo de la educación y de la salud.

En este contexto irrumpe Marie Poussepin, en Dourdan Francia. Allí se cultiva como niña, joven y adulta cristiana; conoce la holgura en su hogar de comerciantes y practica las obras de misericordia al lado de su madre. Ya adulta,

[...] continúa la industria de sus ancestros y lo hace no solo para vivir, sino a favor de la renovación y el progreso del

comercio de su ciudad y para el beneficio y promoción social de sus jóvenes aprendices, y de muchas personas a quienes proporcionó trabajo (Panqueva, 1991:34).

Su maduración humana se acrisola con rapidez debido a innumerables responsabilidades familiares y parroquiales, por su conocimiento de las necesidades apremiantes de la época y por la miseria reinante a causa de las guerras. Entre 1693 y 1694 el país pasa por un

crudo invierno, muchas de las tierras quedan sin cultivo; el paso de los soldados y la carestía ahondan la pobreza, el hambre y la desnutrición; una alta tasa de mortalidad de adultos que, a su vez, deja una gran cantidad de niños huérfanos, llevan a Marie Poussepin a Sainville,

pequeño pueblo a 17 kilómetros de Dourdan.

Allí, esta mujer, apela a su creatividad y a la audacia que nace de la fe para dejar a la posteridad un carisma y un pensamiento cuyos alcances no vislumbró, que siguen vigentes después de

tres siglos de historia, en la obra que regala a la empobrecida Francia de ese momento: La Comunidad de las Hermanas de la Caridad Dominicadas de la Presentación de la Santísima Virgen¹.

Marie Poussepin elige como líneas para el desarrollo de su carisma la educación y la salud. Su amor por la educación la hace escribir en sus reglamentos: “La comunidad mirará siempre como uno de los principales deberes la instrucción y la educación de la juventud” (Poussepin, 1985: 86); y en su último testamento: “deseo y recomiendo a los que me sucedan mantener el celo por la educación de la juventud” (Sacra Congregatio pro Causis Santourum Officium Historicum, 1985: 523).

Este proyecto es vivenciado por las Hermanas de la Presentación, fieles al carisma de su fundadora lo difunden a través del mundo entero. El “sembrar en los corazones tiernos la semilla

de la piedad”, querido por Marie Poussepin, es la obra que ha realizado la congregación durante más de tres siglos. Su presencia educativa está esparcida en 37 países del mundo. A través de la educación las hermanas han ofrecido, además de la ciencia, los valores religiosos, éticos y

culturales propuestos por Marie Poussepin, mediante una continua actualización del carisma.

Igual que ayer en Francia, hoy en el mundo entero existen ciudades populosas y desarrolladas que contrastan con la desprotección de las zonas rurales y las actuales necesidades de la salud y de la educación. Como Marie Poussepin, las Hermanas de la Presentación saben que la tendencia educativa es promover en la persona no solo el sujeto individual, sino el sujeto social y, sobre todo, aquel sujeto histórico capaz de promover proyectos alternativos,

impregnados de Evangelio.

¹En adelante, toda vez que se haga alusión a las Hermanas de la Caridad Dominicadas de la Presentación de la Santísima Virgen, se dirá solamente “Hermanas de la Presentación”.

Marie Poussepin, ubicada en su propio contexto, realizó un proyecto que se hizo vida en una congregación que abre sus puertas al mundo entero. Las Hermanas de la Presentación, siguiendo sus principios, emprenden una búsqueda para responder, desde la educación, a la transformación que requiere el mundo de hoy. Por eso, optan por un enfoque educativo que

privilegia el concepto de hombre y de mujer, querido por la fundadora:

- Acompañamiento de niñas y jóvenes sedientos de afecto, como consecuencia de la profunda soledad reinante en el mundo.
- Defensa del valor de la vida, perdido por las condiciones de violencia y muerte que viven los diferentes países.
- Búsqueda de mejores condiciones económicas de padres y madres que sufren por causa del desempleo.
- Urgencia de actitudes y valores que lleven a vivenciar la verdad, la libertad, la justicia, la solidaridad, el respeto, la paz, el amor por la vida y otros valores que favorezcan el desarrollo de la persona.
- Necesidad de la formación de líderes: educadores que sean capaces de intervenir su medio y aunar tecnología, medios de comunicación, formación académica, intelectual y social con la trascendencia del ser y con el fortalecimiento de actitudes

y valores que los comprometan en una labor formativa transformadora; formación de sujetos humanos que ejerzan liderazgo político, económico y social. En síntesis:

“personas capaces de conducir y animar el ascenso de las personas y la comunidad” (Escobar, 1985: 74).

¿No fue precisamente esta la situación vivida por Marie Poussepin en su tiempo? ¿No radicó aquí precisamente su aporte?

El desentrañar su pensamiento educativo a través de la obra fundada por ella y de sus escasos escritos, permite ubicar en el tiempo y en el espacio el escenario donde tienen origen la vida y obra de Marie Poussepin, y su repercusión en la educación ofrecida por las hermanas.

En el contexto educativo francés, en la época en que vivió Marie Poussepin, se planteaba una educación con miras a la “salvación” del hombre y de la mujer, fundamentada en la dignidad de la persona. El modelo propuesto es Jesucristo, manifestación visible de Dios.

En dicho contexto, se refleja el poco aprecio por la mujer, relegada a las funciones del hogar, a la reproducción y a la educación de los hijos. Quienes se preocuparon por brindarles una

educación acorde con su dignidad de hijas de Dios fueron, precisamente, las congregaciones religiosas existentes en la época.

Así, el análisis de este contexto permite ubicar históricamente una vida y una obra, desde una tradición educativa que se consolida como garante de un proceso de transformación del hombre y de la sociedad, desde la perspectiva de una humanización cristiana. De esta manera, podremos decir que la experiencia vivida por Marie Poussepin se ha transformado en una característica del ver, del participar, del trascender y del comunicar.

El capítulo sobre el pensamiento pedagógico de Marie Poussepin constituye el núcleo del libro. El objetivo central es hacer que emerjan los ideales pedagógicos de la fundadora, ubicándolos en su contexto histórico, social y cultural, expresándolos nuevamente en las formas culturales modernas para resignificar los fundamentos de la educación como práctica pedagógica “Presentina”².

La realidad educativa vivida por las hermanas, a lo largo de los tres últimos siglos de historia, permite evidenciar la vitalidad y la actualidad del pensamiento pedagógico de Marie Poussepin.

El doctor Guillermo León Escobar, actual embajador de Colombia ante el Vaticano, en su intervención en el foro sobre la beatificación de Marie Poussepin (1994) confirma este hecho:

Los grandes seres humanos no viven solo su tiempo. Se adelantan, crean el sentido del testimonio y del compromiso de épocas por venir. Tienen de Dios la gracia de habitar en el futuro y es desde allí que nos convocan con la fuerza de su carisma (Escobar, 1995: 36).

Teniendo en cuenta que la obra de la fundadora es una realidad que le trasciende, en el presente libro se trata, en primer lugar, de instaurar un diálogo entre el pasado y el presente de la educación en la congregación, intentando una interacción creativa y dinámica. Desde

un enfoque histórico hermenéutico, busca adentrarse en las posiciones y comprensiones de las personas: fundadora, comunidad religiosa y comunidad educativa, para responder, desde su pensamiento, a los retos que exige la educación para el tercer milenio.

Se toman como base, en primera instancia, los documentos escritos por la fundadora, para extraer de ellos su ideología. Se tienen en cuenta, además, algunos documentos de la Congregación que han servido, a lo largo de la historia del Instituto, como archivo histórico y como aporte a la historia de la congregación, especialmente, lo relacionado con el campo educativo.

²Alusivo a la Presentación.

En síntesis, se pretende mostrar cómo muchos de los postulados que sustentan los principios educativos de Marie Poussepin, mantienen su vigencia, aunque en los nuevos contextos culturales, educativos y sociopolíticos mundiales existan connotaciones y paradigmas diferentes de la época en que se dio su pensamiento.

Estamos ante el umbral del siglo XXI, lo importante es anunciar la certeza de que, luego de traspasarlo, la historia nos juzgará no solo por nuestros logros y aportes, sino por el éxito con que hayamos efectuado la transición entre esta época y la por venir (Escobar, 1996: 276).

Marie Poussepin es una mujer cuya manera de pensar es posible en el momento que vivimos; ella,

La fundadora ha dejado una herencia plasmada en la sobriedad de su palabra, en el equilibrio de su visión pedagógica y en la audacia de su intención apostólica. Ha legado textos madurados a lo largo de su existencia, que sirven de guía durante tres siglos a quienes se dedican a esta gran tarea. La práctica educativa a lo largo de la historia ha apreciado su equilibrio, su honda sabiduría, su conocimiento y respeto por la persona humana.

Este ideal pedagógico en su sencillez y claridad tiende a unificar inteligencia y corazón, comportamiento y vida, experiencia espiritual y misericordia en acto. Busca la construcción de la persona en su totalidad. Marie Poussepin sabe que en clave de fe, todo proceso educativo tiene su origen en el proyecto único del amor infinito y desconcertante de Dios, proyecto en el cual, él mismo nos hace colaboradores, asociándonos a la tarea extraordinaria y grande por excelencia: la tarea de hacer al hombre. Ese es, en definitiva, el compromiso de las Hermanas de la Presentación a través de la educación: “Ser hacedoras de hombres” (Velásquez, 1997).

En el anterior contexto, se circunscribe y se desenvuelve este libro, fruto de la investigación realizada entre los años 2002 y 2003 sobre el pensamiento pedagógico de Marie Poussepin y que, ahora, se presenta como la síntesis de una manera particular de pensar: la manera propia de Marie Poussepin, donde se articulan varios elementos:

- Un modo propio de ser
- Un modo particular de tratar la realidad
- Una manera de vivir
- Una manera de interpretar y de sentir

- Un modo unificador de decir

Todos estos elementos concluyen en una manera peculiar de ser: la vida desde lo que se podría llamar el talante humanístico de Marie Poussepin. Significa un modo de ser espiritual, psicológico, pedagógico y existencial, que se traduce en un estilo concreto y específico

de vivir la vida, pensar desde la vida, sentir lo que nos rodea y crear profundas relaciones existenciales y personalizadas con todos los seres.

La fe de Marie Poussepin está anclada en una vida eclesial abierta y comprometida desde sus primeros años. Este arraigo en la Iglesia local marca su vida y su obra. Las hermanas serán enviadas para utilidad de la parroquia. Su sentido de Iglesia y de obediencia la hacen capaz de soportar, sin desfallecer, las pruebas que acompañarán el crecimiento de su Proyecto.

La formación en la Congregación

Estamos llamadas a presentar una cultura alternativa: la cultura del Evangelio y a lograr que él nos penetre, se haga vida en nosotras y en el mundo. Inculturar el Evangelio pide de nosotras creatividad, riesgo, dinamismo, comunión.

Hermana Mimiya Castro



CAPÍTULO I

FUNDAMENTACIÓN DE LA EDUCACIÓN DESDE EL PENSAMIENTO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Todas las religiones, de una u otra forma, proponen una manera particular de ver la vida, la historia, el universo y, entre este universo, al hombre. Es inevitable que cada religión se ocupe de la educación. La concepción central de la Iglesia Católica parte de la enseñanza

de La Sagrada Escritura que piensa al hombre como un ser creado a imagen y semejanza de Dios, creado para la comunicación. “A imagen de Dios lo creó, hombre y mujer los creó” (Génesis 1, 27), hombre y mujer plenos de dignidad: “Lo coronaste de gloria y dignidad”

(Salmo 8, 6-7).

El hombre y la mujer son amados por Dios por lo que ellos mismos son, tienen un destino propio y como personas no se realizan sino en su relación con los otros; “Esta semejanza demuestra que el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera a los demás” (Gaudium spes, 1968: 219).

Es la construcción de la fraternidad, que no consiste solo en una simpatía por las demás personas con las que se convive o se tiene alguna relación o una descendencia común, sino

que es el hecho de que todas y todos constituyen una comunidad; juntos y juntas están llamados a vivir una solidaridad que, en cada momento, está signada por la ley del Amor.

Para que el hombre y la mujer puedan desarrollarse como personas y responder a su propia vocación, deben poseer también condiciones que faciliten una vida verdaderamente humana:

El alimento, el vestido, la vivienda, el derecho a la libre elección de estado y a fundar una familia, a la educación, al trabajo, a la buena fama, al respeto, a una adecuada información, a obrar de acuerdo con la norma recta de su conciencia, a la protección de la vida privada y a la justa libertad también en materia religiosa (Gaudium spes, 1968: 221).

Todos estos aspectos son constitutivos esenciales de la dignidad del hombre, a su consecución tiende la Iglesia, en su defensa está empeñada y para que esto sea posible, todo debe estar

subordinado al bien de la persona: “el sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado” (Marcos 2, 27).

Otro elemento fundamental que proclama la Iglesia, en relación con la dignidad de la persona humana, es la igualdad. “Todos dotados de alma racional y creados a imagen de Dios, tienen

la misma naturaleza y el mismo origen. Y porque son redimidos por Cristo, disfrutan de la misma vocación y de idéntico destino” (Gaudium spes, 1968: 223). No puede existir, por lo tanto, según la doctrina de la Iglesia Católica, “ninguna forma de discriminación por materia

de “sexo, raza, color, condición social, lengua o religión” (p. 223) porque esto va en contra de la naturaleza misma del ser humano.

La igualdad, que no es un equilibrio cuasimatemático de los seres, no es puro individualismo aislado, sino solidaridad dinámica y complementariedad, se convierte en el derecho de cada hombre a participar, de acuerdo con sus cualidades y sus fuerzas, en el esfuerzo común de promover, uno por otro, el futuro del individuo y de la especie. Es participación de todos y

todas por igual, cualquiera sea su clase social y su raza; es contribuir a la tarea común del progreso de la comunidad y de la humanidad.

Fundamentalmente, es una igualdad de posibilidades y no solo de derechos, pues cada individuo, por más dotado que sea, no puede encontrar en sí mismo su perfección, solo si se une con otras personas, y gracias a ello y a un enriquecimiento recíproco, se vuelve un

ser más completo y diferenciado. Por esta razón, la educación se convierte en un derecho básico de todo ser humano que le garantiza esa igualdad en su promoción humana integral. La Iglesia proclama, también, el uso de la libertad como complemento para que el hombre

alcance una verdadera dignidad de hijo y de hermano.

La verdadera función de la libertad consiste en permitir al hombre su realización, esta es:

Signo eminente de la imagen divina en el hombre. Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia decisión para que así, busque espontáneamente a su Creador y adhiriéndose libremente a este, alcance la plena y bienaventurada perfección (Gaudium spes, 1968: 211).

La libertad, vista así, es dinámica. Su función es no preservarla, sino conquistarla permanentemente. Y para que sea tal, debe estar dominada por la ley del amor. Theillard de Chardin expresa que la verdadera libertad consiste en ir liberando progresivamente el

suplemento del ser del hombre en él mismo, la libertad es, entonces, la posibilidad ofrecida a cada hombre, mediante la supresión de los obstáculos y la disposición de los medios adecuados, de transhumanizarse, llegando hasta el límite de sí mismo. “La Doctrina de la

Iglesia Católica llama también la atención sobre el progreso cultural, destaca la educación como fuente para la cultura íntegra del hombre y, la familia como “Madre Nutricia” de la misma” (Gaudium spes, 1968: 260).

En la Encíclica Gaudium Spes, la iglesia reconoce que

[...] en ocasiones, no ha sabido compaginar la educación cristiana con la cultura; no es llenar este vacío; por eso, se pide a los fieles más comprensión, a los teólogos mayor exigencia, en particular, el fomento de estudios interdisciplinarios, el diálogo y la reflexión sobre otras áreas del conocimiento, e iluminar con la moral y la enseñanza cristiana los diarios progresos de la técnica. La Iglesia insta a los laicos a capacitarse y a profundizar en las Ciencias Sagradas. Es claro que, para llevar a cabo estas exigencias, se necesita libertad de investigación, participación y pensamiento (1968: 262).

También, los obispos hablan de sus deberes de enseñar hasta qué punto debe ser estimada la persona en su totalidad, “Todo está ordenado a la salvación, y para ello se debe estimar a la persona con su libertad, dignidad y vida misma, sin olvidar los problemas acerca de los

bienes temporales, la paz y la convivencia” (p. 312-313). Esta filosofía tiene que traducirse en acción educativa, sin la cual no existe posibilidad de crecimiento humano digno.

Para América Latina, los documentos de Medellín, Puebla y Santo Domingo sientan los principios fundamentales sobre la educación cristiana, principalmente, en las escuelas, principios aplicables, según los Obispos, por cada Conferencia Episcopal, de acuerdo con las diversas condiciones de los pueblos latinos. Destacan, a su vez, la importancia de la educación

en la vida de los hombres, reconociéndola como absolutamente necesaria, especialmente, en el mundo de hoy. Los documentos expresan con claridad que la educación es parte integral

de la misión de la Iglesia: “la Iglesia educa y humaniza cuando evangeliza” (III Conferencia general del Episcopado latinoamericano, 1979: 217).

La ausencia de educación es sinónimo de pobreza y desequilibrio; esto quiere decir que el reto para la iglesia latinoamericana radica en abordar el aspecto educativo, no solo en el ámbito de la educación formal, sino en otras formas alternativas válidas: educación no formal, informal y en la modalidad a distancia.

La educación es considerada como un medio pastoral propio de la evangelización; también, un objetivo inmediato que procura la dignidad y el respeto de la persona humana, que responda a su vez a las exigencias del mundo de hoy, “de tal forma que todos veamos el rostro amable

de Dios no solo en nosotros mismos, sino en los demás, y aun en las cosas de la creación” (IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano, 1992: 53-56).

La Iglesia Latinoamericana contrajo un compromiso histórico: “el desempeñarse responsablemente en el proceso de transformación de los pueblos” (II Conferencia general del Episcopado latinoamericano, 1992: 18). Para ello, fija su atención, especialmente, en el aspecto educativo, insistiendo de manera particular, en una gran educación humanista y

liberadora, dados los cambios tan acelerados a los que está sujeta la persona en el momento presente.

En cuanto a los principios, la II Conferencia señala que:

La educación es una actividad humanizadora y personalizante, cuando logra que el individuo desarrolle su pensamiento y libertad, y tiene sentido trascendente cuando busca la verdad y el Bien Supremo. La educación debe ser concientizante, abierta al diálogo y pluralista, debe capacitar para el cambio permanente y orgánico (p. 18).

Para defender esta liberación, la Iglesia se inspira en el ejemplo de Cristo que quiso la redención de todos. A ella le corresponde promover y facilitar la educación en la fe de todos los cristianos, y colaborar con todos en la promoción cultural y humana. La educación es el pilar fundamental en el que se apoya la cultura.

Se puede identificar el éxito de esta educación evangelizadora y liberadora cuando se encuentran en ella cuatro características fundamentales, a saber:

1. La humanización y personalización del hombre como tierra abonada para la Buena Nueva. El Reino de Dios permea las culturas y el mundo porque en ellas hay semillas del Verbo.
2. Su integración al completo desarrollo social, a pesar de los antivaleores o sombras que se dan como obstáculos.
3. Su función crítica, deliberativa y participativa, en función de la justicia social y;
4. El ser sujeto o agente de cambio como visos del servicio exigido por el evangelio (III Conferencia general del Episcopado latinoamericano, 1979: 219).

De las anteriores características se desprenden unos criterios orientadores que deben tenerse en cuenta:

- Es de la educación católica la misión de evangelizar, formando individuos plenos y firmes, que hagan contrapeso al “relativismo debilitante” y sean coherentes con su bautismo.

- Que a su vez sean agentes de cambio, formados cívica y políticamente bajo los parámetros de la Doctrina Social de la Iglesia.
- Todo hombre por ser “persona” tiene el derecho a su educación. Es la suma pobreza no tener el acceso a ella. Por eso, los “pobres” son dignos de la atención eclesial.
- Los educadores cristianos están llamados a desempeñar una misión humana y evangelizadora.
- Debe formarse bien a la familia para que cumpla su cometido de “primera educadora”.

Finalmente, la Iglesia proclama la libertad de enseñanza como un derecho a la verdad y se ofrece para colaborar con este fin. Invita al Estado a efectuar una correcta distribución de su presupuesto, de manera que se favorezca la confinación de los servicios educativos no estatales, para que los padres puedan elegir libremente la educación de sus hijos, a sabiendas que ellos también son contribuyentes (III Conferencia general del Episcopado latinoamericano, 1979: 220).

De los documentos de la Iglesia, se desprende, además, una valoración de la vocación a la docencia como participación en la misión salvífica, una valoración de la familia como “Primera Educadora”, un reconocimiento de las potencialidades de los estudiantes, a quienes

se les debe tener en cuenta escuchándolos, compartiendo, fomentando la autoeducación y presentándoles valores que los lleven a la aceptación personal, al respeto por la vida y a su perfeccionamiento.

La preocupación eclesial ha sido y es el crecimiento integral del hombre, porque la “educación cristiana lo dignifica y eleva a la categoría de co-creador y de heredero mismo del Reino” (II

Conferencia general del Episcopado latinoamericano, 1992: 55), realizando una verdadera antropología cristiana. Para ello, reconoce la importancia de la labor y el espíritu de servicio de la escuela católica, que, en sí misma, buscará ser comunidad integrada y plural, dinámica

y viviente, abierta al diálogo, transformadora y agente de cambio social y cultura.

La escuela, en virtud de su misión, a la vez que cultiva con asiduo cuidado las facultades intelectuales, desarrolla la capacidad del recto juicio, introduce en el patrimonio de la cultura conquistado por las generaciones pasadas, promueve el sentido de los valores, prepara para la vida, fomenta el trato amistoso entre los alumnos de diversa índole y condición contribuyendo a la comprensión mutua. Constituye, además, como un centro de cuya laboriosidad y de cuyos beneficios

deben participar juntamente las familias, los maestros, las diversas asociaciones que promueven la vida cultural, cívica y religiosa, así como la sociedad civil y toda la comunidad humana (Conferencia general del Episcopado latinoamericano, 1992: 118).

La misión evangelizadora de la Iglesia también llega a la Universidad. Esta debe mostrarse como una familia universitaria que busca para sus miembros una formación de verdaderos líderes, quienes procuran comprometerse con la verdad, con su práctica de la moral cristiana y su competencia científica y humanística. Por su misma naturaleza, la universidad debe estar consagrada a la docencia, a la investigación y al servicio en una dinámica de conocimiento de la realidad, en la búsqueda de la verdad, en la justicia y en el desarrollo cultural, aspectos ampliamente proclamados por la Iglesia Católica en todos sus documentos.

En definitiva, la Iglesia proclama que la única manera de evangelizar es creer en el evangelio que predicamos y poner a Cristo como modelo de un estilo de vida que traduce ese evangelio. Urge saciar el hambre de Dios con el Pan de la Palabra y la sed de justicia con la promoción más integral de la dignidad humana, y en alcanzar esto está empeñada la educación católica.

La educación propuesta por la Iglesia se desarrolla, principalmente, en la Escuela Católica. “Lo que la define en este sentido es su referencia a la concepción cristiana de la realidad. Jesucristo es el centro de tal concepción” (Sagrada Congregación, 1988: 11). La Escuela Católica busca crear conciencia entre sus miembros de la necesidad de promover “al hombre integral porque en Cristo, el Hombre Perfecto, todos los valores humanos encuentran su plena realización” (p. 11).

Marie Poussepin con su espiritualidad contemplativa de Dios y del hombre nos ha abierto el camino de la identificación con Jesús desde un carisma de caridad apostólica, vivido en comunidad, en el espíritu dominicano.

Hoy somos interpeladas a acoger vitalmente el proyecto de la Congregación y a hacer nuestra la experiencia fundante que se expresa como pasión por Dios y pasión por los hombres.

Como Marie Poussepin en su tiempo, nos corresponde hacer presente al amor de Dios en un mundo carente de valores, dominado por el poder de la técnica, el dinero, el pansensualismo.

En fidelidad al carisma, en una época de fracturas e ideologías secularizantes, estamos requeridas a inculturarnos en el mundo de los jóvenes para anunciarles a Jesucristo y ayudarlos a abrirse a la esperanza y al compromiso.

Hermana Carmenza Avellaneda



CAPÍTULO II

INTUICIÓN FUNDAMENTAL: CARISMA DE MARIE POUSSEPIN

Para abordar el tema del pensamiento pedagógico de Marie Poussepin, la referencia al pasado es obligatoria, máxime si se trata de interpretar inteligentemente palabras y acontecimientos que solamente pueden leerse con acierto desde su propio contexto.

La Evangélica Testificatio, hablando del carisma del fundador, lo define como una experiencia del Espíritu que se transmite. El carisma del fundador indica los elementos constitutivos que se concretan y materializan en obras y realizaciones; en este caso, son los elementos que dan razón de ser a la fundación de una congregación. Así, es a través de Marie Poussepin que “El

Espíritu ha querido embellecer y enriquecer a la Iglesia con una nueva realidad carismática para el servicio de la humanidad” (Perfectae caritatis, 1968: 408).

El proyecto de Marie Poussepin es dinámico, procesual y puede visualizarse desde el reconocimiento que le hace Agnes Revers, al colocar en su lápida el epitafio: “[...] Vio lo que era recto a los ojos del Señor y lo cumplió”.

Marie Poussepin con mirada crítica, reflexiva, práctica y contemplativa VE:

- La realidad de su familia de sangre; se entrega a ella y espera, con paciencia, el momento para la realización de su ideal.
- La realidad que en ese momento viven las familias de Sainville; ignorancia, hambre, orfandad, miseria, guerra.
- Las carencias materiales y espirituales de la mujer de la época.

RESPONDE:

- Desde la reorganización de la empresa familiar.
- Desde la industria y el progreso.
- Desde el reconocimiento del valor del trabajo.
- Desde la urgencia de garantizar en los jóvenes un aprendizaje para la vida, para ganar el sustento, para formarse en valores.

CONVOCA:

- A jóvenes huérfanas, carentes de amor, familia y bienes.

ORGANIZA:

- Una comunidad de la Tercera Orden de Santo Domingo.
- En torno al anuncio de la Palabra, la vivencia de la comunión y la caridad como el alma.
- La implanta en ese medio difícil de su época, para una respuesta evangélica.

La visión de Marie Poussepin es una mirada de realidades, de contenido, de actitudes, de compromiso y, por qué no decirlo, frente a las vicisitudes vividas, de combatividad. Es una visión de pensamiento y de acción, de contemplación y de participación, de razón y de voluntad; encierra en sí un potencial sorprendente de vitalidad y unos principios capaces de crear una cultura de la caridad, del respeto, de la fraternidad y del servicio.



En Marie Poussepin, su inspiración, Don del Espíritu, es entonces, una respuesta “dinámica” a las necesidades de su tiempo en una situación concreta. Su proyecto está determinado con claridad en el acta de Fundación firmada el 13 de Noviembre de 1697, en la cual expresa:

“queriendo formar una comunidad de la Tercera Orden de Santo Domingo para la utilidad de la parroquia, para instruir a la juventud y servir a los pobres enfermos” (Sacra Congregation pro Causis Santourum Oficium Historicum 117, 1985: 160).

Dos elementos constitutivos fundamentales tienen esta intencionalidad de Marie Poussepin:

1. Un proyecto dominicano.
2. Vivido en la parroquia con dos orientaciones apostólicas: la educación y la salud.

Ambos elementos son establecidos por la fundadora para “permanecer” en el tiempo y en el espacio, pues ella quiere su fundación “para siempre” (Sacra Congregatio Pro Causis Santourum Oficium Historicum 117, 1985: 160).

En primer lugar, la voluntad de la fundadora es que su comunidad sea Dominicana. Este es el telón de fondo de su obra: La Tercera Orden de Santo Domingo, cuyo espíritu ella conoce y vive. La Espiritualidad Dominicana caracteriza su comunidad en “contemplar y dar de lo contemplado”.

El párrafo IV de la Constitución Fundamental, esclarece el contexto dominicano querido por los fundadores:

[...] y puesto que nos hacemos partícipes de la misión de los apóstoles, imitamos también su vida según el modelo ideado por Santo Domingo, manteniéndonos unánimes en la vida, fervorosos en la celebración común de la liturgia, principalmente, de la Eucaristía y del Oficio Divino y en la oración, asiduos en el estudio, perseverantes en la observancia regular.

Todas estas cosas no solo contribuyen a la Gloria de Dios y a nuestra propia santificación, sino que sirven también directamente a la salvación de los hombres, puesto que conjuntamente preparan e impulsan a la predicación, la informan y a su vez son informadas por ella. Estos elementos, sólidamente trabados entre sí, armónicamente equilibrados y fecundándose unos a otros, constituyen en su síntesis, la vida propia de la Orden. Una vida apostólica en sentido pleno, en la cual la predicación y la enseñanza deben redundar de la abundancia de la contemplación (Confederación latinoamericana de religiosos, 1976: 86).

La Orden Dominicana, fundada para el servicio de la Palabra, revierte necesariamente en una experiencia profunda de Dios. Para el dominico, esta referencia a la “Palabra” le estimula en un doble movimiento: Contemplación y Encarnación, experiencia de Dios y misericordia, presencia en el mundo, palabra contextualizada en cada época, palabra de Dios que es una interpelación constante frente al clamor de un pueblo que necesita hacer oír su voz.

En Domingo de Guzmán el carisma de la predicación no es un solo una misión, sino una manera de ser y de vivir. Cuando un dominico hace “profesión”, ofrece su vida a Dios y a la Predicación. Es una profesión, un don de sí a la Palabra; la obediencia del dominico es una obediencia a la palabra y a su difusión en el mundo. Su vida está consagrada enteramente a ella.

Para un dominico o dominica, la Palabra debe ser conocida y comprendida (estudio) y ser apropiada en la vida, debe ser comunicada a través de la palabra humana. Domingo es hombre de diálogo, de intercambios, de debates, de predicación en las plazas, confía en la fuerza de la palabra humana que comunica porque esta palabra está centrada en la Palabra de Dios, que no se recibe en forma pasiva.

Para Domingo de Guzmán es imposible llevar la palabra sin vivirla en la comunidad, sin compartirla, sin dialogarla, de ahí un estilo democrático de gobierno. La Palabra en la cotidianidad de la vida debe tener un sujeto activo capaz de comprensión y de escucha del otro, de la otra, es decir, la palabra es capaz de construir la comunidad en un clima fraterno.

En Marie Poussepin existen múltiples elementos de comunión con Domingo, es una mujer madura, con una gran experiencia en el compromiso con los pobres y en el nivel empresarial; muestra su creatividad inventando una nueva forma de vivir la vida religiosa, que era impensable en ese momento: Una comunidad de vida apostólica.

Ella sueña su comunidad realmente dominicana. Este es un hecho que marca la historia de los comienzos y que se refleja con mucha claridad desde la misma intención fundante: una comunidad de la Tercera Orden de Santo Domingo con toda la riqueza que ella encierra, aspiración que atraviesa vida y obra de la fundadora, para quien la Palabra hecha “carne”, Jesucristo, constituye la única razón de su “ser” y de su “quehacer”.

El espíritu carismático de Domingo de Guzmán es expresado claramente en la vida y la obra de Marie Poussepin. Allí, lo comunitario es todo un estilo de vida, arraigado y nutrido en la primera experiencia de los apóstoles. Es una comunidad en sentido estricto, formada y establecida en una casa, “Sainville”, donde se vive “en comunidad”, para asumir juntas “una misión”. Estos tres elementos están sostenidos por la confianza mutua y por la participación

de todas las hermanas en la obra común. Como en Domingo y en Marie Poussepin, la vida y la misión de las hermanas será conocer a Jesucristo y anunciarlo a los hermanos. Dialéctica anuncio-denuncia, como función profética de la predicación de la “Palabra” y ministerio propio de la Orden Dominicana.

Por otra parte, las intenciones de la fundadora tienen un propósito bien preciso y unas características distintivas propias: la utilidad de la parroquia, la educación y la salud que determinan la finalidad de su instituto. Hay que encuadrar la finalidad de la obra de Marie

Poussepin en el ámbito eclesial. La vida religiosa es el fruto de un carisma, “don del espíritu” para la Iglesia. Esta prolonga y hace presente a Jesucristo, hombre entre los hombres, el cual “no vino a ser servido sino a servir” (Mateo 20, 28), y el servicio original que especifica

la misión de la Iglesia, en concordancia con la misión de Jesús, consiste en el anuncio del Evangelio.

Para Marie Poussepin se trata de armonizar su carisma y su misión apostólica con las necesidades de la comunidad y las orientaciones de sus pastores. Ella piensa su obra al servicio de una comunidad parroquial, dentro de una iglesia local que garantiza la autenticidad del Evangelio. Iniciada por sus padres en una vida parroquial profunda, comprende que su servicio a la gente tiene que realizarse a partir de sus propias carencias, porque el mensaje evangélico que ella se propone vivir solo podría realizarse en la medida en que sirviera desinteresadamente a las personas en sus necesidades humanas, partiendo de las más urgentes, no solo como un servicio asistencial o de beneficencia, sino como la entrega de una comunidad que confiesa su fe y testimonia en hechos concretos su amor fraterno.

Había comprendido que la salud era una urgencia de su época, sobre todo por su larga práctica de ayuda a los enfermos pobres de la cofradía de la caridad de Dourdan. La situación de los hospitales, a finales del siglo XVII, dejaba mucho que desear, el servicio no era adecuado,

con muchas fallas y poco cariño; los enfermos carecían de lo necesario y sufrían marginación y descuido en lo corporal y en lo espiritual; los enfermos eran los últimos.

Para ella, el cuidado de los enfermos se inserta en el itinerario de la salvación, por lo que es inseparable del anuncio del Reino. La salud que Jesús les ofrece y el amor preferencial con que

los rodea son signos de la salvación ofrecida a todos los hombres. Por esta razón, la caridad de la fundadora no duda en colocar su comunidad al servicio de los enfermos pobres. “Servir al enfermo es servir a la persona misma de Cristo” (Poussepin, 1985: 79), expresaba en sus

reglamentos. El compromiso asumido hoy por hermanas y colaboradores, radica en hacer que sus instituciones de salud sean un lugar de encuentro humano y cristiano, un ámbito de promoción humana y de evangelización y una respuesta a verdaderas necesidades sociales.

La segunda urgencia que requiere una respuesta concreta para Marie Poussepin es la educación.

Al lado de un hospital habrá siempre una escuela con el fin de combatir la ignorancia de las niñas. En esa época la educación cristiana era obligatoria, así lo declara Luis XIV en 1698 (citado por Preteseille, (s.f): 84):

Queremos que todo cuanto sea posible, se establezcan maestros y maestras en todas las parroquias en donde no los hay, para la instrucción de todos los niños [...] en el catecismo y en las oraciones necesarias, para conducirlos a la misa todos los días laborales, darles la instrucción que necesitan según la oportunidad y cuidarles cuando van a la escuela, que asistan a los oficios divinos de los domingos y días festivos como también para enseñarles a leer y a escribir a los que tengan necesidad de esto.

Pero también, era cierto que el empobrecimiento de los campos quitaba a los padres la posibilidad de pagar por estos servicios. En la mayoría de las aldeas, el privilegio de la educación era para los varones. Existía un maestro en cada escuela dedicado a ellos, pero

para las niñas pobres no existía nada. Ellas estaban a la merced de personas o comunidades caritativas que ejercían este servicio en forma gratuita.

Aquí entra en juego nuevamente la caridad de Marie Poussepin, para ofrecer la gratuidad completa de la enseñanza para todas ellas. La educación, consigna en sus reglamentos, “es de todas las obras de caridad la que puede procurar más gloria a Dios y más provecho a los hombres” (Poussepin, 1985: 86). Su caridad la lleva a adelantarse a la política real al abrir su primera escuelita en 1696.

Con el fin de defender sus intenciones, escribe al Rey:

Marie Poussepin [...] ha consagrado todo su patrimonio a construirles (a las jóvenes) una casa con el fin de educarlas en el temor de Dios, enseñarles a leer y escribir, un poco de aritmética [...] a hacer medias de seda con aguja, para hacerse así útiles al público y evitar a la vez, por su trabajo, ser una carga para nadie. (Poussepin, 1976: 14).

Así, la intuición de esta mujer “inspirada por la Providencia” no es pasajera. Su obra debe traspasar tiempo y espacio. Ella misma lo quiere así, “[...] de suerte que nos parece que para el interés del Estado y beneficio del público, sería de desear que este establecimiento se perpetuara” (Poussepin, 1976: 9).

La Positio³, citando al Padre Thery, biógrafo de Marie Poussepin, dice:

La Caridad de Marie Poussepin no es una caridad aventurada, una Caridad de fogonazo, espontáneo e intermitente,

lo que es evidente es el carácter organizado, prudente, razonable de una Caridad desbordante [...] Será siempre una caridad planificada, y es por ello por lo que se pudo difundir rápidamente y responder a las reformas de organización que se imponían en su tiempo sin perder nada de su vitalidad (Sacra Congregation pro Causis Santorum Officium Historicum, 1988: 302).

En la concreción de la diada: educación – salud, Marie Poussepin muestra su más tierno y misericordioso rostro: “el del amor”, como Jesús y como Domingo de Guzmán, ella establece su comunidad con el fin de buscar a quienes son objetos de la misericordia, de la compasión y de la ternura de Dios.

³Es un volumen impreso que contiene todos los documentos que los asesores y prelados requieren para juzgar la aptitud del Siervo de Dios, con miras a su beatificación y canonización. Debe contener los argumentos del promotor de la fe y los argumentos contrarios. Este documento da una visión general sobre el tema y es estudiado por los cardenales y los prelados oficiales (el prefecto, el secretario, el subsecretario y, si es necesario, el jefe de la sección histórica), que pronuncian su sentencia en reunión formal celebrada en el Palacio Apostólico.

Los grandes seres humanos no viven solo su tiempo. Se adelantan, crean el sentido del testimonio y del compromiso de épocas por venir. Tienen de Dios la gracia de habitar el futuro y desde allí nos convocan con la fuerza de su carisma.

Guillermo León Escobar Herrán



CAPÍTULO III

SUS ESCRITOS: UNA HERENCIA CARISMÁTICA

Si los fundadores son hombres y mujeres poseídos por el Espíritu y dóciles a su acción creadora, nosotras somos llamadas a estar en la escucha del Espíritu que ha hablado en ellos y que hoy continúa hablándonos a través de los acontecimientos, de los hombres y mujeres

de nuestro tiempo.

El carisma de la fundadora está delante de nosotros como palabra viviente pronunciada por el Espíritu, y nos pide una respuesta interpretativa que, para estar a su altura, no puede sino ser guiada por el mismo Espíritu, el único capaz de desvelar los misterios y los más recónditos

significados de una obra que es la suya. A quienes hoy tratamos de adentrarnos en su espíritu corresponde dejarnos guiar dócilmente por él, como otrora lo han hecho ellos.

Referirse, entonces, a los escritos de Marie Poussepin, es beber del pasado para encontrar la propia fidelidad, es revivir el carisma con el fin de ponerlo, de manera creativa a disposición de todo el pueblo de Dios; es acercarse a la fundadora, es recorrer de nuevo, desde dentro, su experiencia. Solo así se puede llegar a conocer en profundidad su pensamiento y el don que el espíritu le ha regalado.

La Hermana Inés Mercedes Mejía Toro, en sus reflexiones sobre el carisma, expresa:

Al acercarnos a los escritos pedagógicos de la fundadora de las Hermanas de la Presentación, es necesario precisar que ella no es de ninguna manera una teórica de la educación, y que mucho menos tuvo la pretensión de legar a sus sucesoras un tratado de pedagogía cristiana. A ella hay que reconocerla como una mujer urgida interiormente por el Espíritu para realizar una tarea evangelizadora en el lugar y en la época concreta que le tocó vivir.

Las coordenadas de tiempo y espacio en las que se sitúa su obra definen y matizan su proyecto, clarifican sus objetivos y los medios de que dispone para realizar su labor. Forzosamente, la lectura de sus escritos hay que emprenderla desde esas mismas perspectivas de espacio y tiempo en que fueron escritas para no traicionar su sentido histórico e incurrir en una infidelidad a su pensamiento (Mejía, 1997:15).

Los primeros documentos a los que se puede hacer alusión son las cartas que escribió con el fin de obtener las Letras Patentes que le otorgarían legalidad a su comunidad. Estas cartas son la expresión pública del proyecto misionero de Marie Poussepin, denotan con claridad el “perfil” de cada uno de sus miembros y garantizarían la estabilidad de su instituto.

Entre ellas pueden destacarse:

1. En 1712 consulta de Marie Poussepin al señor Arrault, abogado de París.
2. Primera petición dirigida al Canciller, Señor de Pontchartrain, súplica a Monseñor de Merenville.
3. Segunda petición al Canciller de Pontchartrain.
4. Petición dirigida a Madame de Maintenon.
5. Súplica a su Majestad Luis XV, Rey de Francia, en 1723 y, por último,
6. Presentación a la Corte del Estado de su Congregación, en julio 10 de 1724.

El lenguaje que devela Marie Poussepin en sus cartas es claro, preciso y firme. A través de ellas expresa sus objetivos:

- Recoger pobres jóvenes del campo y fundar con ellas una comunidad.
- Hacerlas útiles a los enfermos, enseñándoles a aplicar los remedios y a hacer curaciones, y
- Enseñar a los jóvenes a leer y a escribir, la aritmética y la doctrina cristiana, a trabajar para ganar su propio sustento.

Las Letras Patentes son otorgadas a Marie Poussepin en el año de 1724, y con su obtención está constituida legalmente la comunidad. Trece fundaciones hospitalarias y educativas existen ya en el momento de su aprobación.

Virtudes como la paciencia, la constancia, la prudencia, pero, sobre todo, su fe inquebrantable, su sentido social y la afirmación de que la base económica de sus obras está fundamentada en el trabajo, son elementos que se encuentran con facilidad en la lectura de sus cartas.

No se puede pasar a la ligera la alusión a la necesidad de la educación para el cuidado de los enfermos, esta es una de sus grandes enseñanzas. En este sentido, hay que realizar también, un trabajo pedagógico, que propicie un buen desenvolvimiento de la hermana enfermera.

Las hermanas enfermeras no solamente cuidan a los enfermos o trabajan en un campo de dirección. Ellas, por naturaleza, son educadoras, pues el educador es el que orienta, el que enseña, el que muestra el camino. Las hermanas enfermeras en sus puestos de trabajo orientan la forma correcta de llevar un proceso sanitario: enseñan la limpieza, el orden, cómo atender

bien a los enfermos, cómo administrar el cuerpo y el espíritu de sus pacientes. Quienes se acercan a ellas, se ven impulsados a “ser más personas, más seres humanos”. ¿No es esta acaso la razón de ser de todo proceso educativo?

Como los discípulos de Jesús, las hijas de Marie Poussepin son enviadas de dos en dos, generalmente, una para el hospital y otra para la escuela. La fundadora escribe para ellas las primeras recomendaciones denominadas: Reglas generales para la conducta de las

hermanas de la Comunidad de Sainville, en las parroquias en que se establezcan. De este escrito se conserva el original.

Estas Reglas constituyen la expresión de la experiencia de Marie Poussepin para fortalecer la vida de las hermanas en las primeras fundaciones. La forma como están redactadas denotan un claro contraste entre lo afirmativo y lo negativo, y, generalmente, concluyen con una conducta, resultado de la primera afirmación, a manera de imperativo, que debe llevarse a la práctica. De ellas escribió el Padre Preteseille:

Podemos releer estos avisos llenos de elevación espiritual y de delicadeza, discerniendo detrás de ellas la serenidad de los consejos, las fallas que pudieran producirse en esos establecimientos de dos o tres hermanas aisladas. Vemos aquí el modo y toda la discreción y también la firmeza que usaba Marie Poussepin en la conducción de sus hijas para su vida religiosa y su apostolado (Preteseille, (s.f): 159).

Estas reglas revelan a una mujer de una rica personalidad, con una manera propia de vivir su opción por Dios en comunión con sus hermanas para la misión; reflejan siempre

su conocimiento profundo de las posibilidades de cada persona. Los consejos expresados en ellas, se refieren a Dios, a las hermanas, al testimonio de vida y a la misión apostólica desarrollada en el campo de la salud y de la enseñanza.

El último de sus escritos: Los Reglamentos de Sainville, se ha convertido en las primeras “constituciones de las hermanas”.

El estudio de las reglas para un instituto religioso es siempre importante para comprender bien su espíritu. Cuando son obra de la fundadora misma nos aportan al mismo tiempo el reflejo de su pensamiento, de su espiritualidad, de su personalidad (Sacra Congregation Pro Causis Santorum Oficium Historicum, 1988: 279).

Los Reglamentos de Sainville, redactados por Marie Poussepin, son el fruto de su experiencia y de su vivencia cotidiana durante cuarenta y dos años.

Estos reglamentos contienen la riqueza de una vida en comunidad para el servicio de la caridad.

Basada en la experiencia y siguiendo la inspiración divina, escribió sus Constituciones con tan profundo sentido psicológico y segura visión del porvenir, que sus religiosas de hace 250 años y las de hoy, sometidas por el medio ambiente a las exigencias modernas, guardan las mismas observancias. Entre las hermanas de la Caridad de Sainville que rodearon a la Madre Poussepin y las hermanas de la Presentación de Tours que cuidan a los enfermos en las clínicas actuales o practican los últimos métodos de enseñanza, no hay ninguna diferencia de reglamento directivo o de tenor de vida espiritual, porque ella sometió su obra a la prueba del tiempo, y con la facilidad que le daba vigorosa personalidad supo aunar el sentido particular o individual con el de la colectividad (Jeglot, 1951: 45).

Los Reglamentos de Sainville están enriquecidos con una gran variedad de citas: de la Sagrada Escritura, especialmente, de los Salmos, del Evangelio de San Mateo y de las Cartas de San Pablo. Innumerables citas de los Padres de la Iglesia iluminan el texto y, finalmente, la regla de la Tercera Orden de Santo Domingo complementa el cuadro de donde Marie Poussepin se nutre espiritualmente.

Según la Positio se sabe, además:

[...] ella tenía conocimiento de otras legislaciones anteriores o contemporáneas de las cuales ella pudo inspirarse, entre ellas, las reglas de las hijas de San Vicente de Paúl, de las hermanas de la Instrucción Cristiana de Dourdan y de las hermanas de San Paúl de Chartres (Sacra Congregation pro Causis Santorum Officium Historicum, 1988: 306).

Todos estos elementos constituyen un tejido, todo un entramado mediante el cual elabora y expresa su pensamiento. Los Reglamentos de Sainville están conformados por cuarenta y tres capítulos, de los cuales se hará una somera descripción para facilitar la comprensión de la

concepción pedagógica de Marie Poussepin.

En el capítulo primero están claramente expresados los fines de la comunidad: “Imitar la vida que nuestro Señor llevó sobre la tierra, vivir la Caridad que vivió Cristo” (Poussepin, 1985:14). La perfección de la vida cristiana está en la caridad. Marie Poussepin sigue este camino.

“La Caridad es la virtud que Nuestro Señor más practicó y más recomendó” (1985:14). El objetivo del Instituto que ella funda no es otro que imitar la caridad de Cristo, caridad hacia Dios y caridad hacia el prójimo. Para ella, la caridad se vive en obras, no en palabras; ella es

práctica, concreta. La práctica de la caridad hacia el prójimo se hace mediante la vivencia de las obras de misericordia, espirituales y corporales.

Marie Poussepin no se limita simplemente a cuidar a los enfermos o a enseñar, hay siempre en ella una preocupación por la salvación de los hombres a través de las obras que se realizan.

Ella misma dice que se deben “conocer los misterios de Jesucristo e inflamar los corazones con el amor de Jesús” (1985:86), cuando se refiere a la enseñanza, y cuando habla del cuidado de los enfermos expresa maravillosamente: “para ponerlos en estado de escuchar con más

docilidad lo que tenga que decirles para el bien de sus almas” (1985:104).

Insiste Marie Poussepin en que vivir la caridad es entregarse con fidelidad a la exacta observancia de las máximas del evangelio, de los preceptos de la Iglesia con énfasis en la línea del bautismo. Plantea la urgencia de preparar personas que perpetúen su carisma e insta a las hermanas a mantener la devoción a la Santísima Virgen. El capítulo culmina con una recomendación expresa a sus hijas: “no pensar jamás en recluirse en un claustro” (1985:15).

El segundo capítulo sintetiza la forma como sus seguidoras están llamadas a vivir la unión y la caridad entre ellas mismas, aspecto que refuerza en los capítulos XIV y XL cuando dice que “La caridad debe ser el alma de la comunidad” (1985: 49).

A partir del tercer capítulo, Marie Poussepin persiste en el conocimiento de Jesucristo.

Destaca los elementos de la vida dominicana: contemplación, estudio, búsqueda de la verdad, corrección fraterna, la vida en común, el amor a María, la práctica del silencio, de los sacramentos, especialmente del bautismo, la reconciliación y la eucaristía.

Puesto importante ocupan en sus reglamentos los temas relacionados con la pobreza y el amor al trabajo. Insiste en no ser carga para nadie, en subsistir por sus propios medios y en la gran confianza en la Divina Providencia. Mucho acierto tiene la fundadora para tratar el tema de las escuelas y de las hermanas que serán nombradas para este fin, de la formación

y el cuidado de los enfermos. La idea de la gratuidad es otra línea fuerte que atraviesa todos sus escritos.

Según Bernard Preteseille, autor del libro Marie Poussepin o el ejercicio de la Caridad, los reglamentos de Sainville sintetizan “Lo que debe ser una Hermana de Caridad de Sainville, el ejercicio de la Caridad y la Estructura del Instituto” (173-174).

En el último capítulo, a manera de conclusión, Marie Poussepin lleva a las hermanas a tomar conciencia del compromiso adquirido. Observarlo, reviste un carácter de obligatoriedad en sentido dinámico, no es cumplimiento de la norma por sí misma, sino por lo que entraña de respuesta de amor consciente y libre. El reglamento debe cumplirse no solo en relación con uno mismo, sino en relación con los otros, ya que su vivencia “es un depósito confiado a toda la comunidad y a cada hermana en particular, confía particularmente a la superiora la responsabilidad de salvaguardar este depósito” (Poussepin, 1985:117).

La ética de Marie Poussepin expresa la motivación suscitada por la fe en el amor de Dios a cada uno de sus hijos. La referencia en sus reglamentos a la dignidad de la persona es el sistema de valor que, en Marie Poussepin, inspira la acción caritativa de su tiempo y el trabajo social y educativo de hoy...

La fuerza del pensamiento intuitivo de Marie Poussepin es la que anima la acción de los laicos e inspira la obra que ellos dirigen. Sus principios no impiden evolucionar, más aún, integrados a las evoluciones sociales, cobran nueva fuerza y permiten una mayor apertura en función de los tiempos. Su sentido pedagógico nos sirve de referencia en nociones que hoy se diversifican y exigen: ternura, vigilancia y amor sin medida y sin hacer diferencias... presencia de Dios actuante en la caridad.

Patricia Terral



CAPÍTULO IV

HACIA UN NUEVO ENCUENTRO CON LA FUNDADORA: SU PENSAMIENTO PEDAGÓGICO

Mi relación con Marie Poussepin y el camino recorrido en la congregación, me han permitido entrar existencialmente en la realidad pedagógica del carisma de Marie Poussepin, y han

creado la posibilidad de un amplio horizonte interpretativo y una profundización de su pensamiento. En este capítulo me sirvo con abundancia de los pocos escritos de la fundadora: Reglamentos de Sainville, Letras patentes y Reglas generales, de donde se puede develar un carisma que presenta rasgos de indudable novedad para la educación actual.

Descubrir en ellos la herencia pedagógica de Marie Poussepin a quienes la siguen, en el tiempo y en el espacio, significa revitalizarse en una experiencia de Dios transformadora y

fecunda, adentrarse en un misterio personal que comunica fuerza y dinamiza la existencia, establecer una relación dialógica con “alguien” que permanece en la historia porque ella misma ha hecho historia.

Se trata de percibir su innata sabiduría de educadora que invita a armonizar inteligencia, corazón y voluntad, armonía que es equilibrio. Finalmente, hay que reconocer a una mujer que, en coherencia con su vida, piensa, siente y actúa.

En páginas anteriores, se había expresado que Marie Poussepin no tuvo como objetivo escribir un tratado pedagógico,

Pero sorprende enormemente en sus escritos con intuiciones pedagógicas de avanzada que hoy constituyen para las hermanas los presupuestos básicos de una pedagogía renovada.

Sus frases, llenas de realismo y concreción, confieren a los textos un indiscutible sello de autenticidad y verosimilitud histórica. Adentrarse, por lo tanto, en una búsqueda objetiva y desapasionada de aquel entramado pedagógico que hace que Marie Poussepin aparezca no solamente como fundadora sino también como maestra (Velásquez, 1997).

Aspecto que se desarrolla a continuación. Tratando de evitar el riesgo de reduccionismo al que se puede someter su pensamiento, se formulan nueve enunciados generales, algunos de

los cuales se subdividen, a su vez, en varios apartes y se sustentan con enunciados planteados en sus escritos:

1. Formar en una identidad cristiana.
2. Brindar una educación axiológica.
3. Educar en el amor como motor de la educación.
4. El conocimiento de las personas: eje fundamental de la educación.
5. Educar en el conocimiento de las ciencias.
6. Los métodos personalizantes en la educación de Marie Poussepin.
7. Educar en y para la participación.
8. La educación es para alcanzar la realización personal.
9. Formar educadores capaces de acompañar procesos de personalización.

4.1 En el hecho educativo no existen prácticas o técnicas neutras.

Detrás de toda acción, de toda intervención existe una cosmovisión que determina los fines, contenidos y metodologías, es decir, influye en la organización de la educación. Esta concepción marca el propósito, el contenido y la estructura de la misma educación. Para Marie Poussepin, educar es, en primera instancia, formar una personalidad cristiana.

La visión de Marie Poussepin es muy clara, su propósito es ofrecer una educación cristiana, es formar una mujer con una clara identidad cristiana. Ella es consciente de que la idea que uno tiene de la educación y del oficio del educador depende de la idea que se tiene del hombre y de su destino. Su interés por una identidad cristiana en la educación constituye una

constante y un signo evidente de su opción por el Evangelio: “Que lleven (las hermanas) por todas partes el conocimiento de Jesucristo y de sus misterios y que inflamen todos los corazones, si es posible, en el amor de su divina Majestad” (Poussepin, 1985:86).

Esta “educación cristiana”, para Marie Poussepin, se articula en dos dimensiones: Experiencia de Dios y vivencia de la caridad.

- Experiencia de Dios

Dios, para Marie Poussepin, no es un “nombre”, una palabra que se aprende de memoria. Dios es aquel que se da plenamente a los hombres. Es un Dios personal, una persona que oye, que se comunica, con la cual podemos entrar en intimidad.

Ese Dios se revela en Jesucristo, “Don del Padre” (Juan 14,9), en quien se superan todas las contradicciones de la existencia humana, la muerte, el egoísmo, el pecado y la limitación. Por eso, una maestra de novicias:

[...] debe estar llena de sabiduría para que pueda aplicarse en primer lugar a hacerles conocer lo más perfectamente posible, a Nuestro Señor Jesucristo. Las instruirá no solamente en sus misterios, sino también, en sus preceptos, sus máximas y aún sus consejos (Poussepin, 1985: 67).

Para llegar a esta experiencia de Dios “único que puede hacer feliz”, Marie Poussepin propone la oración a través de la cual el crecimiento de la gracia del bautismo, de la fe y del amor

pasan del orden objetivo a una vivencia, una experiencia personal de Dios presente.

Por ella, se pasa del conocimiento teórico al “conocimiento en toda sabiduría e inteligencia espiritual” (Colosenses 2, 1-4). Por eso, dice a las maestras:

Su cuidado principal será ayudarles –a las niñas- a conservar la inocencia que han recibido en su bautismo, se persuadirán bien de que todo lo que hacen de más en las escuelas no es sino para ponerlas en estado de llegar a este fin más fácilmente (Poussepin, 1985: 87).

Por el bautismo, el hombre se identifica con Jesucristo y se incorpora a Él y a su obra salvífica. La experiencia de Dios debe nutrirse, en segundo lugar, de la Palabra de Dios como ella misma lo recomienda a la Superiora: “es preciso que ella se aficione a la lectura de buenos libros,

sobre todo del Evangelio y de las cartas de los apóstoles” (Poussepin, 1985: 60). Igualmente, recomienda a las hermanas la lectura de la Biblia: “leed la Sagrada Escritura de manera que os acordéis siempre que todas las palabras que están allí, son otras tantas palabras de Dios [...]

que no dejen pasar ningún día sin darle a la lectura el tiempo señalado” (Poussepin, 1985: 39). La Palabra de Dios impulsa a una dinámica de crecimiento espiritual y ético. Es una palabra que se contempla, se celebra, se comparte y se anuncia.

La experiencia de Dios es una respuesta a esa invitación de Jesús que llama “a estar con él” (Marcos 3, 14), vivir del espíritu de fe es esencial para las hijas de Marie Poussepin, sus escritos así lo ratifican: “Llenar santamente el día, hacer todas las acciones por el solo deseo de agradar a Dios [...] sin olvidar que no podemos estar jamás fuera de la mirada de Dios” (Poussepin, 1991: 179-183). Esta experiencia hace fecunda la acción apostólica, “la

intensidad de la contemplación está en relación directa con el anuncio de la Palabra y el Servicio de la Caridad” (Hermanas de la Caridad Dominicanas de la Presentación, 1996: 294)

La persona que vive la experiencia de Dios se compromete con esa Palabra de vida; fluyen

de él las obras de misericordia en un movimiento de caridad y de amor por el otro, por el pobre, por el marginado, por el excluido. Estos se convierten en el lugar teológico de la vida apostólica propuesta por Marie Poussepin; la experiencia de Dios lanza a hermanas y laicos hacia la periferia, la frontera y el desierto (del mundo de hoy), para que puedan centrarse en el Señor, posibilitando así, la integración entre la misión y la identidad.

Encuentro con Dios que Marie Poussepin descubre en la vida de la Santísima Virgen. Ella, María, se adentró en el interior de su casa, experimentó una profunda comunión con Dios

que se hizo fecunda en Jesucristo, Palabra eterna del Padre. Bajo la protección de María, la fundadora coloca su fundación. Todo podrán esperarlo del socorro de María, bajo cuya protección se han puesto, decía Marie Poussepin, a sus hijas, además, celebrarán en su honor el día de la Presentación.

María, la Madre de Jesús, y Marie Poussepin, invitan al encuentro con Dios a través de la oración, a contemplar la realidad cotidianamente histórica como un acontecimiento que cuestiona e interpela.

Marie Poussepin fue la auténtica peregrina hacia el amor infinito que es Dios y que se le revelaba en todas las dimensiones de su vida. Toda su existencia estuvo orientada, potenciada e impulsada por una búsqueda ininterrumpida hacia Dios. El Dios que experimentó no es el resultado de una reflexión, ni el postulado de una teología, es el Dios revelado en su vida,

sentido como fuerza salvadora, transformadora, como luz, como vida, como amor y como realidad siempre atrayente.

Dios para Marie Poussepin es una presencia cercana, íntima y vinculante. Es una experiencia singular. Dios es su razón de ser, su anhelo, su meta, pasando por una acción misericordiosa hacia el prójimo. Para ella, Dios siempre está a la vista.

- Para Marie Poussepin la educación es una obra de Caridad

Es el amor de Dios y el amor al prójimo, Marie Poussepin lo expresa claramente:

Esta comunidad es una reunión de mujeres acordemente unidas para consagrarse de una manera particular al servicio de Dios y del prójimo (Poussepin, 1985: 16).

[...] La caridad fue durante toda su vida el secreto de su acción, la razón de ser de su instituto, el móvil profundo de todos sus sacrificios y la causa de sus pruebas. Todo lo dio para la utilidad del prójimo, sus bienes exteriores, las fuerzas de su cuerpo y de alma. Este modo admirable, que supera la medida común de la humanidad, supone la acción de los dones del Espíritu Santo y alcanza la cima de la virtud. Las primeras

palabras de su epitafio son muy exactas: “Aquí reposa el cuerpo de la humilde, piadosa y caritativa Marie Poussepin” (Hermanas de la Caridad Dominicanas de la Presentación, 1986: 62).

La Caridad es el elemento dinámico y orientador de su misión. Ya lo había expresado desde la concepción de su proyecto. Es la herencia de la Caridad a través de la educación.

La comunidad mirará siempre como uno de sus principales deberes la educación de la juventud. De todas las obras de caridad es la que puede procurar mayor Gloria a Dios, mayores ventajas a los hombres, sobre todo cuando se aprovecha, como deben hacerlo las hermanas, para sembrar en los corazones aún tiernos la semilla de la piedad (Poussepin, 1985: 87).

El protagonista de la educación es la persona del niño, niña o joven. Sacarla de la ignorancia, ayudarla en su proceso de crecimiento, para alcanzar la plenitud, es contribuir a su salvación, impulsarla a hacerse persona es la mayor obra de caridad.

4.2 La educación debe tender a formar al hombre en los valores éticos, personales y sociales que “otorgan” sentido a la vida. Para Marie Poussepin educar es cultivar valores que se traducen necesariamente en conductas.

En Los Reglamentos de Sainville y en Las Reglas Generales hay un sinnúmero de valores que Marie Poussepin invita a practicar:

- La tolerancia

Del latín *tolerare* que significa apoyar, soportar. Según un artículo de Wikipedia, la enciclopedia libre, la tolerancia es una noción que define el grado de aceptación ante un

elemento contrario a una regla moral, civil o física. Define la capacidad de un individuo para aceptar algo con lo cual no está de acuerdo. Y, por extensión moderna, la actitud de un individuo ante lo que es diferente a sus valores, implica el reconocimiento del otro-otra,

como sujeto, como persona.

La comunión se hace a través de la diversidad, y lo diverso puede devenir en complementario.

Por eso, la tolerancia está referida al respeto, a la consideración por las maneras de pensar de los demás aunque sean contrarias a las propias. “La verdadera caridad las conducirá

a la cordialidad, a la afabilidad, a entenderse mutuamente y a darse en todo muestras de

deferencia. Las comprometerá a soportarse mutuamente en sus debilidades e imperfecciones” (Poussepin, 1985: 17-18).

A la tolerancia se llega por el camino de la indulgencia, por eso dice: “les inspirará que juzguen siempre favorablemente las acciones de los demás o que excusen la intención cuando no pueden justificar sus acciones” (Poussepin, 1985: 18). Y, en las reglas generales dice: “no juzguéis nunca mal, soportad a nuestros hermanos como quieran que ellos os soporten y aún más si tienen más necesidad de ello” (Poussepin, 1991: 181).

En una cultura de violencia, odios, celos y venganzas que causan la muerte, Marie Poussepin lleva a que las hermanas sean formadas en el verdadero amor. Por eso, “desterrarán de su corazón todo resentimiento” (Poussepin, 1985: 20). Este amor permite “advertir a nuestros hermanos con prudencia y dulzura de sus defectos a fin de evitar el mal que de esto pudiera nacer, superándose a sí mismas” (Poussepin, 1985: 18).

La tolerancia compromete en el reconocimiento del error e implica una actitud de perdón, por lo tanto, Marie Poussepin induce a sus hijas a ofrecerlo: “Si una hermana ha dicho o hecho algo contra la caridad, dará satisfacción a la hermana ofendida lo más pronto posible, dándole muestras de una perfecta reconciliación” (Poussepin, 1985: 18). Es el perdón de corazón que se refleja en acciones concretas. De ninguna manera la tolerancia puede asimilarse a la diferencia o a la sumisión.

- La justicia

Halla su matriz y su culmen en la caridad, en el amor nuevo instaurado por Cristo como ley fundamental de la nueva criatura y del nuevo Reino. Quien no ama no puede entenderse a sí mismo, no puede entrar en sintonía con las exigencias de los otros. La justicia es otro de los

valores que distingue Marie Poussepin, a través de él se da a cada uno lo que es debido. “El cada uno” es la parte esencial de la justicia. Es el valor de la equidad, la igualdad y el orden.

El acceso a la educación, para Marie Poussepin, es un deber de justicia: “las hermanas que estén empleadas en las escuelas se acordarán que están obligadas a cumplir su deber respecto de la instrucción y de la educación de la juventud, no solamente por caridad, sino aún por

justicia” (Poussepin, 1985: 88).

La justicia, para Marie Poussepin, no se limita a una simple actitud ante la ley; esto sería legalismo. Para ella, la justicia tiene que ver con el bien común, con la liberalidad en el uso

de los bienes. La justicia es condición de la realización de lo humano y la educación es una de las condiciones de la humanidad. Este aspecto fue vivido por la fundadora con la gratuidad

en la enseñanza, por eso, ella misma expresa: “la comunidad no se limitará a encerrar en ella misma las liberalidades que ha recibido del cielo. Obrará de manera que las pueda esparcir alrededor con largueza y profusión” (Poussepin, 1985: 106).

- La igualdad

Atendiendo a lo expresado en los fundamentos educativos de la Iglesia Católica, la igualdad hace alusión a la dignidad de la persona humana. Es un imperativo: no puede existir ninguna forma de discriminación por materia de sexo, color, condición social, lengua o religión, porque esto va en contra de la misma naturaleza del ser humano.

Marie Poussepin proclama con mucha claridad que todos los hombres son iguales, lo único que cuenta es su ser de personas, “no se hará distinción ni de país, ni de nacimiento” y “no harán menos por los pobres que por los ricos” (Poussepin, 1985: 48).

La igualdad, en este caso, se articula con la justicia, lleva a la fundadora a pronunciarse a favor de aquellas personas con menos posibilidades en materia de conocimiento: “no harán menos por aquellas a quienes les cuesta aprender” (1985: 88), aspecto que implica, para todo educador, ampliar su dedicación y atención a las personas que tengan dificultades de aprendizaje.

- El respeto

Es siempre un signo de amor; no se limita a la simple cortesía, sino que busca que el otro sea lo que está llamado a ser. Me respeta quien me deja y me ayuda a ser yo mismo. El respeto implica atención, consideración, admiración y valoración por la persona y por el otro que debe ser considerado como igual. “Se aplicará pues menos en hacerles practicar

humillaciones que en hacerles vivir de la fe” (Poussepin, 1985: 68) “les enseñará a respetarse mutuamente y a no examinar los defectos de los otros” (p. 69).

Para que una persona respete a los demás se deben tener en cuenta siempre unos parámetros que marcarán las pautas. El único parámetro posible en Marie Poussepin es Cristo. “Su fin es imitar por su conducta, tanto como pueden hacerlo las personas de su sexo, la vida que nuestro Señor llevó sobre la tierra” (Poussepin, 1985: 14).

El respeto es también reconocimiento, valor universal, valor cotidiano fundamental para la construcción de la paz. El respeto está cimentado en el amor. Para Marie Poussepin la caridad lleva a las hermanas “a no juzgarse nunca mal y a no decir nada de ellas que no sea bueno”

(Poussepin, 1991: 2).

El respeto tiene que ver con la comprensión, con la sinceridad, con la amabilidad que propone continuamente Marie Poussepin, en sus reglamentos y en sus reglas generales; “Cuando una hermana decide dejar la comunidad, dice Marie Poussepin, se le despedirá con dulzura” (1991: 99). Las buenas maneras también son señal de respeto hacia el otro:

No basta con que les enseñe a practicar la virtud, es necesario que ella se esmere en formarlas en una cierta cortesía y en esa multitud de deferencias que se exige más severamente de las personas que hacen profesión de virtud que de las demás [...] Hablará (la hermana) con cortesía a todos los que se presenten y pondrá tanta atención a lo que digan que pueda responderle (Poussepin, 1991: 69).

El respeto por el otro garantiza un espacio adecuado con los medios básicos para la supervivencia: “no se aceptará ningún establecimiento que no tenga un alojamiento con los muebles convenientes, una renta suficiente para que las hermanas vivan medianamente y todo lo que sea necesario para su empleo” (1991: 107).

- La prudencia

Como bien se hace notar en el sumario de la vida, virtudes y fama de santidad de la Sierva de Dios, Marie Poussepin, aconseja al hombre sobre lo que debe hacer y le prescribe los medios que debe adoptar con respecto al fin último.

En el capítulo XVII, que tiene que ver con los deberes de la superiora, la prudencia ocupa el primer lugar:

Emplear más gustosamente la dulzura que la severidad, evitar las correcciones cuando se esté alterada, ubicar a las hermanas según sus talentos y según su capacidad de conducir a otros. [...]

La superiora se portará con mucha prudencia cuando se trate de reprender, se guardará de emplear los mismos remedios para todos los males en que puedan caer. Tendrá mucha atención de no aplicar hierro y fuego en donde no se trata sino de una ligera enfermedad (Poussepin, 1991: 60-64).

La prudencia en Marie Poussepin se manifiesta aún en el manejo de la economía: “Tendrán un libro diario en el que anotarán todos sus ingresos y gastos” (p. 107). “La aceptación de los señores obispos y de los sacerdotes y la firma del respectivo contrato” (p. 106), en el sitio

donde se vaya a realizar una fundación, es señal de una capacidad grande de administración requerida hoy en cualquier medio y, especialmente, en nuestras instituciones.

- El testimonio

Es un valor fundamental en el trabajo educativo. Es señal de coherencia, de armonía entre palabra y vida. Este se encarna en personas y en actitudes concretas. En Marie Poussepin el testimonio se da a través de las palabras: “no habléis sino de una manera propia para edificar” (Poussepin, 1991: 182).

El testimonio implica realizar las acciones por amor: “prestad servicio a los enfermos con gran testimonio de caridad y sin demostrar ningún disgusto” (1991: 182).

Por el testimonio se contribuye a la construcción integral del ser humano: “Tened una gran preocupación de edificar igualmente el alma de unos y otros por vuestras palabras y vuestros ejemplos” (1991: 181). Hay personas que hablan poco y su testimonio siempre pasa y deja huella. Así fue la vida entera de Marie Poussepin, su mejor testimonio el del servicio de caridad, sobre todo con aquellos de quienes la sociedad se distancia.

4.3 Toda educación, para que sea efectiva, debe realizarse desde el amor. Este humaniza, personaliza, libera, hace crecer.

En el pensamiento de Marie Poussepin existen cualidades fundamentales que favorecen una armonía dinámica en la formación de la personalidad de los niños y jóvenes. El amor es el motor de las acciones: “Tratad de hacerlos amar [...]” (Poussepin, 1991: 181). Condición

para el acercamiento es el amor: “los corazones se abren más fácilmente a una persona que se hace amar” (Poussepin, 1985: 63). La ternura es expresión de amor; por eso, Marie Poussepin dice: “tened mucha ternura [...] con la juventud que educáis” (1985: 181). La dulzura es

expresión de la ternura, “sed dulce sin debilidad, firme sin dureza, grave sin altivez” (p. 181). En la dulzura se fundamentan las relaciones interpersonales: “sed dulce con vuestras palabras, sencilla en vuestras respuestas” (p. 180).

4.4 El hombre no nace hecho, se va haciendo persona, se va personalizando. Su maduración constituye un proceso lento, progresivo. La educación le ayuda a ubicarse dentro de este proceso y a asumir las actitudes que orientarán su actuación global. La perspectiva personalizante de Marie Poussepin se refleja en el conocimiento de la

persona, sujeto de la educación.

En la fundadora se constata una gran atención, estima y respeto hacia la persona, en oposición

a una cierta masificación, anonimato y uniformidad de la época. Se subrayan los aspectos humanos y el aporte que cada uno puede ofrecer con sus propios talentos con los carismas personales.

Cada persona es única, singular, sus capacidades varían de una persona a otra. Marie Poussepin lo sabe muy bien, así lo practica. Por eso, pide a la superiora:

Alentar a las débiles, consolar a las que, a pesar de sus buenos deseos, no dejan de caer en fallas [...] sabrá llevar a las personas más sensibles [...] tendrá cuidado de que tengan los talentos necesarios para cumplir con sus obligaciones (Poussepin, 1985: 59-66).

Los correctivos que se utilizan deben corresponder a una etapa específica y a un momento concreto: el reconocimiento de la persona implica tener en cuenta los diversos momentos que ésta vive. Hay que corregir, sí, pero atendiendo a las etapas propias de la vida del ser humano. Por eso, Marie Poussepin dice:

Una superiora que ha sabido descubrir el carácter de las personas que están a su cuidado, se guardará de emplear los mismos remedios para todos los males en que ellas puedan caer. Los diversificará según las personas y los casos y tendrá aún más atención para no aplicar hierro y fuego en donde se trata sino de una ligera enfermedad (Poussepin, 1985: 63).

4.5 Toda educación lleva implícita en sí misma unos contenidos, unos saberes disciplinares que responden a su finalidad.

- La lectura, la escritura y la iniciación en la aritmética.

Abren nuevos caminos a la dimensión cultural de la educación en bien de los sujetos. Al margen de una concepción de los contenidos educativos tributarios de la época, llama

poderosamente la atención el vigoroso de Marie Poussepin por la enseñanza de la lectura, la escritura y a la aritmética: “La maestra no dejará de aplicarse con todas sus fuerzas a enseñar a leer y a escribir a las niñas y a iniciar en la aritmética a aquellas que sean capaces” (1985:

88).

La lectura es una herramienta para el desarrollo del pensamiento, es puerta de entrada al mundo, a estos contenidos educativos tienen derecho las niñas por el solo hecho de su dignidad como mujeres.

Leer, escribir y el aprendizaje del cálculo no son privativos del sexo masculino. La mujer debe prepararse para cumplir la delicada misión de ser formadora del género humano, para ello debe poseer los conocimientos que le permitan sentirse útil y capaz de administrar eficientemente su hogar, y a ello tiene acceso solo si ella desarrolla la habilidad de la lectura y de la matemática.

- La enseñanza del catecismo como garante de la formación cristiana.

A través de él se adquieren los conocimientos relacionados con las verdades de la religión, se favorece el desarrollo espiritual de las personas por medio de la reflexión cristiana sobre la fe en sus aspectos básicos: la Iglesia, los sacramentos y la vida cristiana.

La enseñanza del catecismo propicia un encuentro personal, comunitario e histórico con Dios que se manifiesta en Jesucristo viviente, en todos los hombres y, de manera particular, en los más necesitados.

El estudio del catecismo impulsa la fe por la cual se llega a la experiencia de Dios en la oración, en la liturgia, o en el servicio y compromiso con los demás. Así, Marie Poussepin expresa: “les enseñarán con sencillez el catecismo de la diócesis en donde estén” (1985: 87). La enseñanza del catecismo es, para Marie Poussepin, el medio por el cual se acerca a los niños a las verdades de la doctrina cristiana, para que puedan insertarse en la sociedad como personas libres, moral y religiosamente formadas.

- La educación es medio de promoción humana que capacita para ser útil, para obtener los medios de subsistencia.

Marie Poussepin, desde pequeña, conoció el trabajo en sus diferentes formas. Un trabajo asiduo e inteligente que le permitió restaurar la empresa familiar. Por eso, su afán de promover integralmente a la persona la llevó a enseñarles un arte, un oficio, un trabajo. Dice Marie Poussepin que “el trabajo nos da el medio de asistir a los pobres, de no ser carga para nadie y de cumplir más perfectamente la ley de Jesucristo quien nos enseña que hay más ventaja en dar que en recibir” (1985: 83).

“Enseñar a las niñas en las escuelas a tejer y a los trabajos convenientes para su edad” (1985: 85), era una respuesta acorde con las necesidades de la persona, en una época dominada por la pobreza y la ignorancia. Para Marie Poussepin, no es solamente proveer el socorro necesario, sino dar las armas para que dignamente la persona logre su propia subsistencia y para que combata el ocio y el vicio.

4.6 Adaptar medios y métodos en orden a lograr las finalidades con mayor eficacia, es tarea de la educación.

- El conjunto de medios que Marie Poussepin se propone son consecuentes con la concepción pedagógica de la época y con el propósito que persigue.

“La formación cristiana”. Para ello, habla de dulzura, ternura, vigilancia, corrección, práctica de las virtudes, el silencio, las lecturas, el estudio y las verdades de la religión. Pero Marie

Poussepin imprime a todos estos medios, un carácter dinámico: adquirir la capacidad de “corregir y avanzar”, o auto-formarse para responder con mayor conciencia a las obras de apostolado y contribuir consciente y libremente en su formación.

- El método

Sugiere una relación dialéctica sujeto-sujeto, que tiene que ver con las características propias de la personalización. La formación humana no se alcanza con la suma de conocimientos, habilidades y destrezas particulares, aquí es fundamental la humanización.

El método ayuda a elevarse, a encontrarle sentido a lo que se hace y se vive como parte de un proceso creativo que no termina, por el contrario, que se proyecta con la fuerza y calidad de la interacción del sujeto que aprende y del sujeto que enseña. En esta dinámica, Marie Poussepin expresa: “No es preciso que una maestra de novicias diga todas estas cosas a la vez, hasta que ella las enseñe unas después de otras, según vea que son capaces”

(1985: 68). En otra parte dice: “no es preciso exigir primero las prácticas más difíciles [...] las desanimaría infaliblemente si ella, la maestra de novicias, quisiera hacerlas caminar demasiado aprisa” (68), y “tendrá cuidado de que tengan los talentos necesarios para cumplir con sus obligaciones” (p. 64).

En las correcciones, Marie Poussepin sugiere “emplear más la dulzura que la severidad [...] ser rápida o lenta según la necesidad [...] conocer qué remedios deben emplearse en cada ocasión” (1985: 63).

Se trasluce una Marie Poussepin que sabe que la educación es una labor de paciencia, que el educador debe conocer las capacidades reales de cada estudiante, y que las personas no se fabrican en serie.

Se debe animar a las perezosas, no debe menos detener a las que serían demasiado ardorosas [...] Por lo que toca a las personas enfermas y delicadas, se les dará ocupaciones y trabajos proporcionados a su debilidad, a fin de sacarlas de la inutilidad sin agobiarlas (Poussepin, 1985: 84).

4.7 La educación prepara a estudiantes y maestros para una participación activa en el proceso de formación personal y lo capacita para la toma de decisiones.

- A nivel de las hermanas que forman la comunidad

Marie Poussepin es una mujer de avanzada para la época, posibilita la comunicación entre sus miembros como condición primaria para la participación y compromete a las hermanas en la realización de la obra común.

Este nuevo sentido de la persona se expresa en una mayor corresponsabilidad, en la descentralización hacia la participación de la base, en la subsidiaridad, en una mayor apertura y transparencia, diálogo, comunión y tolerancia:

Toda vez que sea preciso tratar algún asunto importante en la comunidad, la superiora no dejará de consultarlo con las consejeras, y enseguida hará reunir a las hermanas vocales para presentarles el asunto de que se trata [...] La superiora consultará a sus consejeras sobre la escogencia que debe hacerse de las hermanas que serán enviadas a los establecimientos [...] en fin, tratarán juntas lo tocante a lo temporal y a lo espiritual de la casa (Poussepin, 1985: 45-46).

Marie Poussepin propone en sus reglamentos el establecimiento de una relación dialógica, que en la educación es base para la participación:

No se contentará la maestra de novicias con hablarles a todas juntas, las llevará a menudo en particular y les ayudará a hacerles conocer sus disposiciones [...] se informará en estas entrevistas de sus necesidades y tendrá cuidado de que no les falte lo necesario (Poussepin, 1985: 70).

La revisión del ser y del actuar es un proceso de valoración permanente que por sí misma implica la participación. Así, la revisión es una tarea que conduce al crecimiento personal y comunitario que estimula la responsabilidad: “La superiora se reunirá cada ocho o quince

días para “examinar” si no se ha introducido alguna relación en la comunidad y buscará con ellas los remedios que pudieran darse, sea para lo general, o sea para lo particular” (Poussepin, 1985: 45-46). Este “examinar”, en el lenguaje de hoy, sería revisar, evaluar,

retroalimentar.

- A nivel de los laicos.

La misión de los laicos se inscribe en la misión salvífica de Cristo y de la Iglesia. Dice la *Lumen Gentium* que “el apostolado de los laicos es participación en la misma misión de la

iglesia. Apostolado al que todos están destinados por el Señor mismo en virtud del bautismo y de la confirmación” (Lumen Gentium, 74).

A todos los cristianos corresponde la tarea de trabajar para que el mensaje de la salvación sea conocido en todas partes por todos los hombres. En esta línea se inscriben los deseos de

Marie Poussepin, que pide a las hermanas que, otras personas, diferentes a ellas, garanticen la continuidad de sus obras y formen multiplicadores que, como ellas, lleven a todas partes el mensaje de la Salvación. Así dice: “en fin, no omitirán nada para formar personas que puedan

perpetuar después de ellas esas buenas obras en los lugares en donde estén establecidas y extenderlas por donde quiera que sean llamadas por una autoridad legítima” (Poussepin, 1985: 15).

4.8 Una formación integral debe conducir a alcanzar una realización personal.

En el pensamiento de Marie Poussepin se llega a esta realización cuando la persona es capaz de hacer una opción fundamental. Cuando el joven o el adulto se embarca en un proyecto existencial de vida que lo conduce a la felicidad: “Harán conocer de aquellas que sean capaces de ello, la importancia de seguir la vocación en la elección de un estado y les enseñarán la manera de consultar a Dios sobre un asunto de una consecuencia tan grande” (Poussepin, 1985: 87).

Pero el hombre no puede realizarse plenamente sin abrirse y comprometerse con el tú absoluto “a quien Dios puede hacer feliz” (Poussepin, 1985: 68).

4.9 En educación el maestro se constituye mediador en el proceso de personalización de los estudiantes.

“Da significado a aquello que el alumno aprende y sirve de memoria para el que no la ha adquirido todavía” (Martínez, (sf): 21-24.)

El esbozo del pensamiento de Marie Poussepin quedaría incompleto si al concluir se omite su concepción sobre las personas que efectúan la labor educativa. Todo su pensamiento habría terminado con su muerte de no ser por la presencia de sus hijas, quienes, inmersas en el mundo, esparcen su mensaje.

Para Marie Poussepin la maestra proyecta su vida, su manera de pensar y de actuar. Influye en los estudiantes a través de su testimonio. Porque no se trata solamente de enseñar ciencia,

sino, sobre todo, virtud y piedad. La maestra es vida, una mujer que debe aplicar, sobre todo, la única pedagogía efectiva: “la pedagogía del amor”.

Esta pedagogía aplicada por Marie Poussepin, desde hace tres siglos, es reconocida hoy por Federico Mayor, quien expresa: “Un profesor afecta a la eternidad porque nunca sabe

hasta dónde llegará su influencia según la expresión de Henry Brooks Adams [...] o quizás estamos ante la evidencia de que hay solo una pedagogía [...] la pedagogía del amor” (Gómez Buendía, 1998: 250).

Nadie niega hoy la influencia del maestro en sus estudiantes, aún sus convicciones religiosas son una fuerza humanizadora, la fuerza que brota de una experiencia religiosa vivida en plenitud. Esta fuerza humaniza, desarrolla el espíritu y da sentido a la existencia.

Anselmo Bosello, en *Escuela y Valores*, siguiendo a Kriekemans, resalta la importancia de la influencia de la personalidad del maestro en los jóvenes que le son confiados. Según este pedagogo:

La personalidad del educador es de grandísima importancia en relación con el joven. Se delinean las características de esta personalidad: sincera, capaz de comprensión, paciente, optimista y con humor, entregada a su trabajo sin reservas. El secreto de tal persona es el amor, ante todo el amor a Dios y después como consecuencia, el amor al prójimo. Estas actitudes posibilitan una auténtica comprensión del niño y del joven. Si faltase esta comprensión los alumnos no aceptarían dirección alguna. Por ello es importante el ejemplo que ofrece el maestro en cuanto que tal ejemplo se convierte en una representación de la idea (Kriekemans, citado en Bosello, 1995: 99).

Esta conciencia de Marie Poussepin, sobre el papel que cumplen las maestras en la educación, la llevó a prepararlas para que estuvieran a la altura de este cometido. Estamos nuevamente ante la visión de una mujer ampliamente conocedora de las realidades educativas y del papel que en ellas desempeñan los agentes educativos. En boca de pensadores modernos aparece el amor a Dios y el amor al prójimo, pregonados por esta fundadora como única razón de ser de cualquier actividad pedagógica.

Así concibe la fundadora a una hermana educadora: desde su misión formativa debe destacarse por sus buenos modales, debe ser virtuosa, delicada, dulce, tierna, bondadosa, humilde, modesta, prudente, justa, caritativa, paciente, capaz de corregir sin cólera, firme y exigente, pero, también, equilibrada y piadosa. Desde su labor profesional debe ser apta para

realizar el “Santo Empleo”, es decir, llevar bien la escuela, debe tener instrucción suficiente

sobre las verdades relacionadas con la salvación, los métodos de enseñanza concernientes a las niñas y a los adultos, además del conocimiento y dominio de lo que va a enseñar.

La fundadora sintetiza sabiamente su visión sobre el papel trascendente que está llamada a cumplir una hermana educadora cuando dice: “Que sean el honor y la gloria de la iglesia”

(Poussepin, 1985: 106).

La eficiencia de una labor educativa está en la función de la presencia de educadores competentes y motivados. La visión futurista de Marie Poussepin la lleva a preparar hermanas para la educación, para la salud y para que sean capaces de ejercer diferentes oficios. Una concepción bastante avanzada para una época en que la mujer no contaba.

Se requiere, por lo tanto, de competencias espirituales, intelectuales y pedagógicas para el ejercicio de su labor: “deben ser instruidas sobre la manera de llevar bien la escuela y también las conferencias a las personas de su sexo” (Poussepin, 1985: 106).

Una correcta capacitación ayuda a evitar errores:

Para ello, se darán todos los días algunas lecciones sobre la manera cómo se debe hacer para cuidar y sangrar a los enfermos y a los heridos [...] se aplicarán con todo su esfuerzo a perfeccionarse en este arte, a fin de no exponerse a molestos accidentes, si ignoran lo que deben saber (Poussepin, 1985: 104).

La comunidad es responsable de responder con “personas capaces” a los servicios que el medio requiere. Releamos algunas frases de Marie Poussepin:

Que se aplique (la comunidad) a formar buenos sujetos para responder a las piadosas intenciones de las personas que las pidan para las escuelas y para asistir a los enfermos [...] La maestra de novicias tendrá cuidado de que se apliquen -las novicias- con todo su empeño, a hacer bien los trabajos en los cuales se ocupa la comunidad, y, más aún, que se hagan hábiles en la lectura, la escritura y las otras cosas que deben enseñar (1985: 69) [...] La superiora tendrá pues gran cuidado en formar por sí misma, y, por medio de las hermanas mayores, a las que tengan capacidad para tan Santo empleo, a fin de que lleven a donde quiera que sean llamadas el conocimiento de Jesucristo y de sus misterios (p. 87).

Para Marie Poussepin la realización de cualquier oficio, dentro o fuera de la comunidad, exige que las personas cuenten con la instrucción suficiente: cada uno requiere de un aprendizaje, de un proceso propio. La fundadora se refiere aquí a los oficios diferentes de la enseñanza o

del cuidado de los enfermos: “Ella –la superiora- instruirá a cada ayudanta sobre lo que tiene

que hacer e impedirá a las que se creen hábiles en esta clase de cosas que no cometan errores” (Poussepin, 1985: 61).

En cualquier caso, los procesos pedagógicos se hacen posibles cada vez que el educando y el educador, como personas, tienen disposición para la educabilidad, entendida como la disposición natural inherente a la persona para aprender a desarrollar conocimientos, actitudes y aptitudes.

Al concluir este recorrido por los documentos de la Santa Fundadora, hay que reconocer que:

La vida de Marie Poussepin fue un continuo hecho pedagógico. Su que-hacer cotidiano revela un conocimiento de las personas, de su psicología, de sus necesidades, aptitudes, posibilidades y limitaciones. Un profundo respeto por ellas, por lo que son, por lo que pueden llegar a ser.

Una coherencia de vida que la impulsa a practicar aquello que ve que es recto y conveniente para alcanzar la plenitud de vida.

¡Cuántos años de distancia entre los conceptos emitidos por Marie Poussepin, pero qué cercanía con la conceptualización de la educación actual!

Para quien se desempeña en el mundo del trabajo, encuentra en Marie Poussepin la imagen de la mujer empresaria, con carácter organizativo, trabajador, emprendedor y audaz. Ella sabe de relaciones laborales justas, de promoción humana y cristiana, vividas dentro de un dinamismo que acorta la distancia entre la palabra y la acción. Al mismo tiempo que su obra es obra de Caridad, fruto de un amor universal, aporta a la promoción y a la dignificación de la mujer, con una clave: El trabajo.

Para Marie Poussepin el trabajo es la pedagogía para ejercer la gratuidad; a través de él deja pasar toda la riqueza de su ser femenino, la ternura de su corazón y la fortaleza de su voluntad. Es modelo para la mujer comprometida en el seguimiento radical de Jesucristo, armonizando las exigencias de una vida en la contemplación y la entrega en el servicio a los hermanos.

Hermana Ruth María Vallejo



CAPÍTULO V

EL PENSAMIENTO DE MARIE POUSSEPIN EN LA MISIÓN EDUCATIVA DE LAS HERMANAS

Los fundadores mientras viven están presentes en todo lo que en sus respectivos institutos se es y se hace. Su sombra lo cubre todo, y después de su muerte, su presencia sigue siendo tan operativa, o más, que mientras ellos vivían. Después de su muerte se hace más viva en sus institutos la idea de que los fundadores son, para siempre, la mediación histórica a la que tendrán que estar retornando permanentemente, para descubrir en ella, la fuente inagotable de su propia identidad carismática (Álvarez 1996: 375).

Esta óptica impulsa a las hermanas de la Presentación a actualizar el pasado, no desde motivaciones e intereses subjetivos, sino por su real inserción en las tradiciones que determinan su presente. Se trata de mantener la mirada atenta a las ideas y acciones de Marie

Poussepin, para proyectarlas hoy en un nuevo sentido. La lectura atenta del momento que vivimos constituye un reto para las hermanas. El reto de educar para hoy, con el dinamismo de un carisma rico en elementos espirituales y pedagógicos.

En la Presentación educa no solo la hermana educadora, también educa la enfermera, la hermana que trabaja en pastoral, en las parroquias o con los pobres en los barrios marginados. Educa quien está en la ciudad o desempeña un rol en el campo de la formación congregacional.

El carisma educativo de Marie Poussepin continúa hoy, fortaleciendo el camino de las hermanas, en cualquier sitio donde la congregación las ubique, para “llevar a donde quiera que sean llamadas, el conocimiento de Jesucristo y de sus misterios”, única razón de ser de la educación como misión liberadora y salvadora propuesta para la congregación.

Para referirnos al pensamiento de la fundadora en la misión educativa de las hermanas de la Presentación contrastamos algunos escenarios:

Marie Poussepin que tomó consigo jóvenes del campo sin asilo y sin recursos, para educarlas en el temor de Dios, enseñarlas a trabajar para ganarse la vida, y hacerlas capaces de evitar los desórdenes a que exponen la miseria y la ignorancia (Hermanas de la Caridad dominicas de la Presentación, 1991a: 16).

Y las hermanas que realizan su trabajo educativo en medio de un mundo globalizado, donde, en cuestión de segundos, la teleinformática comunica a los hombres desde cualquier punto de la tierra.

Marie Poussepin en medio de un mundo de pobreza, miseria, abandono y las hermanas insertas en el mundo de hoy: mundo de pobres, de desplazados que requieren ayuda; un mundo donde se despierta para el hombre una sed infinita de grandeza que lo lleva a divinizar el poder; mundo donde cuenta el tener más, para ser más; mundo donde “el ideal

de consumo impulsa los desórdenes del tener, el ansia de libertad lleva a la anarquía; no hay responsabilidades en los hombres” (Bosello, 1995:15). Un mundo donde no cuenta el placer y vivir solamente para el instante. Pero, paradójicamente, un mundo pleno de

riquezas naturales, donde todos los hombres podrían vivir en paz, si ellos mismos no se convirtieran en sus depredadores.

Un mundo donde el conocimiento es el gran capital del momento, y quien no lo posea está, por sí mismo, marginado; un mundo de violencia, de grandes brechas sociales y económicas, de desigualdades y de escasas posibilidades de acceso al conocimiento para la mayoría de los seres humanos.

Un mundo donde el que no produce no cuenta, porque quitándole su dignidad se le convierte en desechable.

En Asia y África, dice H. Küng, es muy frecuente la crítica de que las conquistas occidentales, tal como se han impuesto en la modernidad europea, sin duda han legado al mundo muchas cosas importantes, aunque no todas buenas: Ciencia, pero no una sabiduría capaz de impedir el abuso de la ~~investigación científica~~ [...] Tecnología, pero no una energía espiritual capaz de mantener bajo control los imprevisibles riesgos de una altamente eficiente macrotecnología [...] Industria, pero no una ecología que pudiera salir al paso del imparable expansionismo económico [...] Democracia, pero ~~no una moral que pudiera mostrar su eficacia frente a los macrointereses de los diversos hombres y grupos de poder~~ [...] (Cárdenas Patiño, 1998: 12).

Es, en definitiva, el mundo de los que tienen y pueden contra el mundo de los que nada poseen.

En 1696, Marie Poussepin asumió la formación de la mujer sumida en la ignorancia, hoy, las hermanas trabajan con las mujeres a quienes la sociedad de consumo convierte en maniqués de vitrinas, mujeres plásticas, objetos que se pueden comprar y vender, pero, a la vez, mujeres con grandes posibilidades de promoción, por la abundancia de publicaciones científicas, la

globalización del mundo, la internacionalización de la cultura, que le abren espacios nuevos de saber de formación humana, social, espiritual y profesional.

Este es el mundo en el cual las hermanas de la Presentación cumplen diariamente su misión: Un mundo planetario, globalizado, tecnologizado, pluralista y sin fronteras, un mundo en el cual los hombres y las mujeres son llamados por Dios para re-crearlo, haciéndolo en cada instante y con cada acción más justo, más solidario, sobre todo “más humano”:

Hoy, las hermanas saben que la primera y principal tarea de la educación es “despertar personas” (Mounier, 1997: 64). Este fue el desafío para Marie Poussepin, y sigue siendo el gran desafío para la congregación. La persona como ser llamado por Dios para que tome en

sus manos las riendas de su propio destino. La persona como un ser en devenir, un ser que se va haciendo. Este hacerse persona implica la libertad que le confiere poder creador, libertad que puede generar su desdicha o su felicidad. En la libertad entra en juego la autonomía, que

le permite la toma de decisiones y la elección de valores.

La realización plena no la logra eligiendo cualquier valor, porque la persona se realiza orientándose a un “tú”. Por eso, el hacerse persona implica, a la vez, responsabilidad personal y social. En la construcción de su ser no está sola, existen los otros. La persona no se realiza plenamente sin abrirse a ellos. Esta relación le da una dimensión de comunidad, que debe vivirse en el espacio y en el tiempo, en el aquí y en el ahora.

La realización plena es su orientación hacia el Absoluto: “a imagen de Dios fue creado”. Es aquí donde la perfectibilidad de la persona llega a su culmen: “Sed Perfectos como mi Padre Celestial es Perfecto” (Mateo 5, 48)

La elaboración de un proyecto educativo, con implicaciones axiológicas, es un imperativo para las instituciones orientadas por las Hermanas de la Presentación, en este ambiente de extraordinaria ambigüedad axiológica, donde los medios de comunicación cobran mayor importancia y moldean desde la más tierna infancia muchas de las creencias y actitudes acerca de Dios, del hombre, del mundo y de la sociedad. Educar hoy, ¿no implicaría, por lo tanto, un conocimiento de Dios que es persona, una búsqueda de la Verdad, un ejercicio de la libertad y, por consiguiente, una recta formación de la conciencia, que es hoy uno de los más grandes desafíos para la educación?

Marie Poussepin enseñó a trabajar para ganarse la vida y hacerse útiles. El trabajo, para ella, es el aporte personal donde el “oficio” de cada hermana a la subsistencia de la comunidad, es proveer por sí misma a sus necesidades. El trabajo le permite, además,

“participar en la obra común y asistir a los pobres sin ser carga para nadie” (Hermanas de la Caridad Dominicanas de la Presentación, 1992: 43).

Hoy para las hermanas el trabajo es un derecho y un deber, es un medio para la autorrealización

personal y una contribución a la humanización del mundo. La constitución *Gaudium spes* (204) afirma que por “el trabajo se participa activamente en la ordenación de la vida económica, social, política y cultural de los pueblos”.

El trabajo implica una relación hombre – mundo, una relación hombre – sociedad y, para los creyentes, una relación técnica. Hoy, el trabajo puede ser un factor de liberación, de afinación y de promoción, pero, a la vez, puede ser factor de alienación. El trabajo encuentra su significación profunda en la dialéctica “tiempo de trabajo, tiempo de reposo”; esta última, como elemento esencial para la humanización del hombre.

Así, el trabajo, para las hermanas, sobrepasa la finalidad netamente económica y utilitarista que le da el hombre moderno, para convertirse en un espacio de salvación del hombre y del mundo. Por su medio, el hombre y la mujer se hacen partícipes de la creación y de la redención. De esta manera, sobrepasa su concepción de imposición o castigo, para entenderlo como una vocación a determinada profesión, que se ejerce como realización personal para el servicio de los demás.

Ante el anterior panorama, ¿cuál sería la educación que tendrían que ofrecer las hermanas?

La educación debe garantizar al estudiante el desarrollo de todas sus potencialidades, sus competencias:

Saberes y destrezas para que pueda desempeñarse como adulto autónomo y productivo, para el ejercicio de la ciudadanía, para la productividad en el trabajo, y para comprender la ciencia y la tecnología. Aquí figuran los códigos para interpretar la información socialmente disponible, los valores y principios en los diferentes ámbitos de la vida [...] lograr estos aprendizajes es la misión esencial de las instituciones dedicadas a la educación general de niños y adolescentes (Gómez Buendía, 1988: 216).

Una educación que les permita vivir en actitud de permanente aprendizaje, como bien lo expresa la Comisión Internacional para el siglo XXI: “Aprender siempre aprender”.

Ante las anteriores premisas, la educación ofrecida por las hermanas tendría, entre otras, las siguientes características:

1. Educar desde la verdad para la libertad.

Revestido de un pragmatismo sin convicciones, el hombre moderno desprecia como ingenuos

a quienes creen en la capacidad humana de alcanzar la verdad: la verdad sobre las cosas, la verdad sobre sí mismos y la verdad sobre Dios.

El ser humano carece hoy más que nunca de esa seguridad que busca: está perdiendo la estabilidad emocional, la certeza intelectual y la rectitud moral en la misma medida en que ha despreciado radicalmente la verdad.

Distraído por el afán de realizarse a sí mismo, ha perdido el apoyo en el sentido trascendente y amoroso de la vida. El afán de poder, de riqueza y de placer se enseñoorea de la generación contemporánea, y por ello, la droga, la violencia, el divorcio, el aborto, la muerte y el terrorismo, tiranizan esta sociedad desquiciada en una espiral de vacío existencial, la invasión de la sociedad de consumo va de la mano con la idolatría del ego y son consecuencia del amordazamiento de la verdad.

En la Encíclica *Ex corde Ecclesiae* Su Santidad Juan Pablo II nos dice que el mundo contemporáneo tiene urgente necesidad del servicio de instituciones educativas que apoyen y enseñen la verdad sin la cual “desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre”.

Es la verdad la que construye al hombre como sujeto y no objeto, como persona y no individuo, lo construye como miembro de una comunidad. Pero, por otra parte, es el hombre el que construye la verdad en la medida en que la busca, la ama, la contempla, la defiende y la vive. Hay una interacción fundamental entre la verdad objetiva y construcción del sujeto

espiritual, entre búsqueda y encuentro, entre salir de sí y ser en sí.

La verdad construye al hombre desde su naturaleza porque desde lo que ya es, le invita a alcanzar lo que pueda llegar a ser, lo que está llamado a ser. La construcción de la verdad mediante el ejercicio responsable y recto de la libertad es la vocación original del hombre,

aquello que constituye, en definitiva, su propia bienaventuranza. El ser creado a imagen de la Verdad creadora está llamado a reconstruir el mundo de acuerdo con su belleza original y a construirse a sí mismo a través de sus decisiones libres.

La construcción de la verdad del sujeto humano es la tarea primordial del individuo, de la comunidad y de la escuela. Educar en la verdad, para un correcto ejercicio de la libertad, es enseñar y aprender a ser, es ayudar a que se vaya formando la persona como un potencial abierto que ha de desplegarse, con el convencimiento de que dentro de cada hombre habita la luz interior de la Verdad.

Educar para un correcto ejercicio de la libertad tiene que ver con el ejercicio de la autonomía frente a una sociedad que masifica, que homogeniza, tiene que ver con la búsqueda del

bien, con educar para el silencio, la contemplación y la admiración. En esta educación están comprometidas las hermanas, al compartir su misión en escuelas, colegios y universidades.

2. Educar en la diversidad

La diversidad se produce en distintos campos: social, cultural, filosófico, religioso, moral y político. Asumirla como relación significa aceptar la inter y multiculturalidad como un nuevo paradigma de organización social. Las hermanas de la Presentación saben que la condición necesaria para la diversidad es el reconocimiento del “Otro-Otra” no se instrumentaliza, ni se manipula.

Educar en y para la diversidad es reconocer que todos nacemos libres e iguales en dignidad y derechos, exige un comportamiento fraternal de los unos con los otros u otras. Una educación en y para la diversidad y, por consiguiente, para la diferencia, es el desafío que la humanidad deberá afrontar en el futuro inmediato. Educar en y para la diversidad será el único seguro

que permita que todos los individuos tengan acceso, desde sus invulnerables diferencias, a una vida materialmente digna, ética y feliz.

3. Educar para la comunión y la fraternidad

Una de las transformaciones más profunda que puede experimentar la educación en esta época, dolorosamente marcada por individualismos extremos que ponen a los seres humanos contra

ellos mismos y, al mismo tiempo, por colectivismos donde la persona es sacrificada para que se afirme una etnia o un nación sobre otra, consiste en constituir verdaderas comunidades educativas que exijan una educación para la comunión, para el diálogo, para el consenso y

para el trabajo en equipo.

La comunión es la realidad donde el hombre se encuentra verdaderamente consigo mismo, dejándose amar y aprendiendo a hacer de sí mismo una auténtica entrega, en el respeto y en la valoración de todas las diferencias, que en el misterio de la comunión garantiza la unidad, no puede romperla ninguna diferencia, la comunión nos hace hermanos que aceptan a los

otros en sus diferencias.

En la unidad las personas se constituyen con la mutua relación que mantiene, que promueve, la unidad sin destruir la singularidad de cada persona, la unidad no es uniformidad, es encuentro de seres humanos. La unidad es signo evangélico que nos permite acoger al otro

como hermano, acogida que va más allá de la tolerancia, es el reconocimiento de la persona hombre-mujer que fructifica en la riqueza de una sana pluralidad.

Para los católicos, la unidad tiene su fundamento en la Trinidad de Dios. “Dios no es soledad, sino comunión perfecta”. Del Dios comunión surge la vocación de toda la humanidad a

formar una gran familia, en la que las diferentes razas y culturas se encuentran y se enriquecen recíprocamente. Este mismo trinitario de amor y comunión es el modelo eminente para las relaciones humanas y es el fundamento del diálogo.

Dios ha creado al ser humano y su imagen y semejanza, y por consiguiente, para la comunión. Y, Dios mismo se ha revelado como Amor, como Trinidad y comunión, y ha llamado al hombre y a la mujer a entrar en íntima relación con Él y los ha llamado también a la comunión

interpersonal, es decir, a la fraternidad. Esta es la más alta vocación del hombre: entrar en comunión con Dios y con los otros hombres, sus hermanos.

Para las hermanas de la Presentación, entonces, educar para la comunión y la fraternidad exige:

1. Desde el punto de vista antropológico: promover una cultura de comunicación, de la participación y del diálogo, cultura de la solidaridad y la corresponsabilidad, de la fraternidad y la comunicación de bienes espirituales y materiales entre personas, generaciones, razas, culturas, religiones, géneros.
2. Desde el punto de vista de la fe: promover, dentro y fuera de cada institución educativa, relaciones de fe, esperanza y caridad, ser una “Iglesia doméstica”, imagen de la comunión trinitaria, que es el horizonte último de todas las relaciones humanas, interpersonales y sociales, en el amor y la verdad (Gaudium spes, 24).
3. Desde el punto de vista profético e histórico: comprometerse para colaborar con el plan de Dios ya en marcha con el mundo: “Hacer que los hombres y las mujeres sean UNO”.

4. Educar para saber leer y escribir

Como Marie Poussepin, hoy las hermanas se comprometen con un proceso de lectoescritura, que abre nuevos espacios a la dimensión cultural de la educación, en bien de quienes asisten a las aulas escolares.

Escribir como un proceso complejo que confiere un cierto poder y, al mismo tiempo,

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Gómez, J. (1999). Paternidad y fecundidad de los fundadores. En: Revista Vida Religiosa, Vol. 86, (5). Madrid: Anzos.
- Bosello, A. (1995). Escuela y valores, la educación moral. Madrid: CCS.
- Bowen, J. (1992). Historia de la educación occidental. La civilización de Europa siglos VI a XVI. Barcelona: Herder.
- Bucellato, G. (2002). Carisma e rinnovamento. Bologna: Edizioni Dehoniane.
- Cárdenas Patiño, A. (1998). Posmodernidad y principios pedagógicos de Tomás de Aquino. En: Celebración del día del docente. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Confederación Latinoamericana de Religiosos. (1976). Órdenes antiguas, respuestas nuevas. Bogotá: Indoamerican Press Service.
- Documentos del Concilio Vaticano II. (1968). Decreto Christus Dominus. Madrid: Biblioteca de autores cristianos.
- _____. (1968a) II Conferencia general del Episcopado Latinoamericano. Sobre la promoción Humana. Medellín: Ediciones Paulinas.
- _____. (1979). III Conferencia general del Episcopado Latinoamericano. Madrid: Biblioteca de autores cristianos.
- _____. (1993). IV Conferencia general del Episcopado Latinoamericano. Medellín: Ediciones Paulinas.
- _____. (1992). Nueva Evangelización. Promoción Humana, Cultura Cristiana. Medellín: Ediciones Paulinas.
- De la Inmaculada, T. (1960). Quien ha educado la mujer colombiana. Bogotá: Talleres gráficos del Fondo rotatorio judicial.
- Diccionario Enciclopédico. Edición Multimedia. (1995). Barcelona: Olympia Ediciones.
- Escobar Herrán, G. (1985). Humanismo cristiano y liderazgo. Santafé de Bogotá: Instituto de estudios sociales Juan Pablo II. Colección horizontes de la solidaridad.

- _____. (1995). Voz amiga. En: Hermanas de la Caridad Dominicicas de la Presentación. Foro y homilias del Papa. Roma: El Día.
- _____. (1996). Grandes problemas cristianos. Santafé de Bogotá: Institución de estudios sociales Juan Pablo II. Colección horizontes de la solidaridad.
- Gómez Buendía, H. (1998). Educación: La agenda del siglo XXI. PNUD. Bogotá: Tercer Mundo.
- Gutiérrez Escobar, M. A. (2007). Pensamiento pedagógico de Marie Poussepin. Manizales: Centro de Publicaciones Universidad Católica de Manizales.
- Hermanas de la Caridad Dominicicas de la Presentación. (1986). Sumario de la vida, virtudes y fama de santidad del a sierva de Dios Marie Poussepin. Documentos de la positio (trad. Hermana Margarita de la Encarnación). Medellín: Copiyepes.
- _____. (1991). Proyecto Educativo. Presentación para América Latina. Bogotá: Indoamerican Press.
- _____. (1991a). Constituciones. Roma: Tipografía Políglota Vaticana.
- _____. (1992b). La formación en la Congregación. Roma: Tipografía Vaticana.
- _____. (1996). La Comunidad de Marie Poussepin hoy: servicio de caridad. Anuncio de la palabra. Documento del XI Consejo General ampliado. Sainville.
- Jeoglot, C. (1951). Las Hermanas de la Caridad Dominicicas de la Presentación de Tours, tres siglos de Historia.
- Martínez Beltrán, J. (s.f). La mediación en el proceso de aprendizaje.
- Mejía Toro, I. M. (1997). Reflexiones sobre el carisma. XIV Asamblea Interprovincial de Educación. Cali. Colegio de la Presentación Aguacatal.
- Mounier, E. (1997). El personalismo. Santafé de Bogotá: El Búho.
- Panqueva, M. (1991). Mujer camino. Bogotá: Bedout.
- Poussepin, M. (1976). Cartas. Bogotá: Stella.
- _____. (1985). Reglamentos para las Hermanas de Sainville. (trad. Hermana Margarita de la Encarnación). Francia: Imprimerie Camus.

- _____. (s.f.). Reglas Generales. En: Constituciones de las Hermanas de la Caridad Dominicanas de la Presentación de la Santísima Virgen. (1991). Roma: Tipografía Políglota Vaticana.
- Preteseille, B. (s.f). Marie Poussepin o el ejercicio de la caridad. (trad. Hermana Margarita de la Encarnación y Hermana María Isabel Panqueva). Bogotá: Arte Publicaciones.
- Redondo, E. (1999). Educación y Comunicación. Barcelona: Ariel.
- Sacra Congregatio pro Causis Santorum Officium Historicum 117. (1985). Beatificationis et canonizationis Servae dei Marie Poussepin. Roma.
- Sagrada Congregación para la educación católica. (1988). La escuela católica. Bogotá: Carrera.
- Saint Jean, M. (1994). Semillas de Esperanza. Santafé de Bogotá: Arte Publicaciones.
- Velásquez Maya, M.F. (1997). El evangelio en la escuela, respuesta a la joven de hoy el futuro de los pueblos. Documento presentado en la XIV Asamblea Interprovincial de educación. Cali.

Pensamiento Pedagógico de Marie Poussepin no es un libro científico o técnico. Es una obra fruto de la investigación y estudio de la Doctora Hermana María Aracely Gutiérrez Escobar, Dominicana de la Presentación, insigne pedagoga y estudiosa como pocas de las orientaciones y principios pedagógicos de la Fundadora de la Presentación, Marie Poussepin.

Ella se adentra en el estudio de las realidades históricas de la época de la Fundadora y, a pesar de los siglos que nos separan de ella, poco a poco va encontrando cómo esas orientaciones y avisos generales que nos legara Marie Poussepin, tienen una fácil y gran aplicabilidad al hoy de nuestra tarea educativa, ¿qué educador no encuentra válidas estas frases?: “tened mucha ternura y vigilancia con la juventud que educáis”; “tratad de hacerlos amar y respetar al mismo tiempo”.

En el desarrollo progresivo de la obra, la autora nos va llevando sin el menor esfuerzo por el camino de una pedagogía del amor, de la ternura, del respeto y nos invita a ser fieles a este legado de la Fundadora: un proyecto educativo nacido en Francia que fue capaz de traspasar las fronteras europeas para constituirse en respuesta siempre nueva a las necesidades educativas del mundo actual.

Que este libro, instrumento de análisis, reflexión y formación nos ayude a ser más eficaces y coherentes con los principios que deben regir la educación.

Hermana Camila de la Merced O.P.
Religiosa perteneciente a la Congregación de Hermanas Dominicas de La Presentación de la Santísima Virgen.



Universidad
Católica
de Manizales

UCM
.edu.co

Universidad Católica de Manizales
Carrera 23 N° 60-63 Manizales - Colombia
PBX (6)8782900 FAX (6)88782935